JUAN LUIS ESPEJO

# LOS AMIGOS DE GÓMEZ BARBADILLO



JUAN LUIS ESPEJO

# Los Amigos de Gómez Barbadillo



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 557
BUENOS AIRES - 1928

# LOS AMIGOS DE GOMEZ BARBADILLO

No fué don Pedro Montes, ni por construcción ni por esencia, lo que se llama un hombre de aventuras: su ingreso a la escandalosa Cofradía de Gómez Barbadillo y sus amigos, sólo puede explicarse siguiendo, paso a paso, un simple proceso psicológico, que a primera vista parece complicado por su misma simplicidad.

Su carácter timorato, siempre encogido en los adentros de su cuerpecillo insignificante; su vida sedentaria de Notario, en Provincias; luego la falta de hijos en su matrimonio, le hicieron, invariablemente, someterse a la celosa autoridad de su mujer, doña María del Perpetuo Socorro, nieta y biznieta de héroes y de Oidores.

Ya en la capital, jubilado y sujeto al mismo

imperio, se le arrastraba, diariamente, a las visitas o al cine, y en la noche, a la enorme marquesa conyugal, para oir la lectura de eternas novelas de aventuras policiales.

Hecho socio del Club de la Unión, a fin de limpiarle de la herrumbre de veinte años de vida provincial, le fueron permitidas dos horas de libertad por mes de seis a ocho, y allí en el club, durante esas dos horas robadas a las vermouth policiales del cine, fué en donde conoció al gordo Infante, al senador Aldao y al terrible almirante Sequeira, todos cofrades de Gómez Barbadillo y sus amigos, que diariamente se reunían en el Salón Rojo, bajo el cuadro de la Casta Susana sorprendida en el baño, para contar, a puertas cerradas, sus tremendas aventuras de viejos verdes, entre copas de jerez.

Don Pedro Montes sentía el placer inefable de encontrarse entre ellos; de estrechar la mano aristocrática del senador Aldao, cuidada para el oficio, como una meretriz; palmotear las espaldas potentes del gordo Infante y de tutearse familiarmente con ese

Sequeira, dueño de aquel automóvil de aventuras con tálamo, bidet y water closet.

Ellos tres constituían en Chile el ciclo único de esa orden nobiliaria de selección individual de la especie que fundó en Madrid el crápula de Gómez Barbadillo, para honrar del hombre lo más genuino y trascendental: el sexo.

Ser miembro de esa cofradía, tanto en Yokoama como en Nueva York, significaba el haber sido el héroe de una aventura erótica fundamental, probada con documentos fehacientes, con más rigor preceptivo que el usado en las instituciones de nobleza para el análisis de la hemoglobina feudal.

Y allí, en el Salón Rojo, de seis a nueve, don Pedro tenía en carne y hueso, sentados frente a él en sus sillones, charlando amablemente y sin aparato, a esos hombres casi de leyenda, arrancados de las Memorias de Casanova o de los Cuentos de Bocaccio.

Una tarde don Pedro no pudo reprimir su curiosidad y preguntó:

—¿Por qué los ciclos de la Cofradía se componen siempre de tres miembros?

El gordo Infante condescendió en explicar:

—La Ordenanza fija este número porque es el privilegiado entre todos los números: en la amistad, el tres regula los afectos por la ley de las afinidades electivas; en el amor, el "menage a trois" es la solución de un problema social, y hasta en la matemática, tres puntos fijan la superficie de un plano.

Era el plano espiritual que don Pedro Montes veía más allá de su calva de jubilado y al cual trataba de elevarse, empinándose en la punta de sus botinas charoladas.

*

*   *

Gracias a un lento proceso psicológico y con el sigilo de su misma insignificancia, se había ido asimilando hasta coincidir, en su entera superficie espiritual, con ese triángulo simbólico, sin que se produjeran perturbaciones ni desequilibrios.

En el relato de aventuras pasadas, en que

tarde a tarde se entretenían, don Pedro Montes era el oyente plácido y discreto, el testigo impensado que acreditaba lo inverosímil, el juez severo que dirimía y, más que todo eso, el celebrador incansable que atizaba el fuego de los recuerdos, con los ojillos encandilados, para que nunca hubiera un silencio odioso tras las risotadas estrepitosas.

Porque siempre se sintió cohibido, en esas lagunas de silencio, ante su carencia de aventuras, temiendo que de repente alguno le preguntara: ¿y tú?

Y él, entonces, no habría tenido otra cosa que hacer, que encogerse de hombros ante los amigos de Gómez Barbadillo, de pie frente a su vida, desierta como una planicie, sin encontrar más accidente, en ella, que su sombra vagaba en la inmensidad del pasado.

Hubiera podido crear de la nada de sí mismo, con la ayuda de la literatura, un caso, un cuento, una historia propia que fuera digna de ellos.

Pero, ¿y la prueba documental que exigían los amigos de Gómez Barbadillo?

Porque para los amigos de Gómez Barbadillo se necesitaba el hecho trascendental, el nombre que lo individualiza en el espacio, la fecha que lo regula en el tiempo, y sobre todo la prueba documental, dominando el suceso, con la augusta severidad de la historia.

Ya esto no podía, por más tiempo, continuar así y vino la aventura enorme e irrefutable que ungió a don Pedro Montes, por derecho propio, Presidente de la Cofradía de Gómez Barbadillo y sus amigos.

¿Cómo? Fué el gordo Infante, el pérfido y disolvente gordo, corruptor de muchas generaciones, quien le arregló con mujeres, pretextos y todo, una correría de las suyas en sus viejas canchas del Puerto.

Y ambos partieron de Santiago a Valparaíso en el expreso de la mañana.

*

* *

Sí. Don Pedro Montes partió a Valparaíso esa mañana memorable en el rápido de las 8,

y a las 11 y media de la noche, estaba fatalmente de regreso en su casa, frente a su mujer que le aguardaba, en la gran marquesa conyugal, leyendo, con los anteojos puestos, la eterna novela de aventuras policiales.

De todo ese viaje de breves horas, tan mañosamente urdido, sólo recordaba un hecho claro y aplastador: la falta de las muchachas.

Con algún esfuerzo podía también rememorar las paredes incoloras de un reservado y allí, frente a él, tras los vapores de la ponchera, el rostro cada vez más vago del gordo Infante. Luego algo nebuloso e impreciso, sin tiempo y sin espacio, hasta el momento de encontrarse frente a su mujer, en la intimidad del dormitorio.

Le parecía despertar en ese instante, de una curda monstruosa, la curda del hombre metódico, acostumbrado al agua de la llave.

Las explicaciones anudábanse en la lengua torpe, ante los ojos que le espiaban en silencio, resplandecientes de indignación.

Con esfuerzo inaudito trató de serenarse: sacóse el cuello, con soltura, frente al espejo

que retrataba la palidez de su calva de magistrado, dobló la ropa con orden, y en calzoncillos, hizo gárgaras bulliciosas sobre el recipiente.

Se acercó luego al lecho común, desde el cual su mujer le observaba con impertinencia, y al sacarse la camisa de día para ponerse la de noche, tuvo don Pedro una duda atroz que obligóle a permanecer, breves instantes, desnudo ante los ojos que le perseguían.

—¿Qué hiciste de la camiseta? — preguntóle de súbito doña María del Perpetuo Socorro.

¿Qué podía don Pedro contestar a esta pregunta?

Esa mañana, como todos los días del año, inexorablemente, desde el 1°. de mayo al 1°. de octubre, se había puesto su camiseta de lana de vicuña, bordada con sus iniciales, bajo el Detente del Corazón de Jesús, y ahora estaba sin ella, desnudo ante los ojos de su mujer, y sin poderle decir, la he perdido, como se dice del reloj o la cartera.

—¿Qué hiciste de la camiseta, ridículo? — volvió a increparle la señora.

Hizo don Pedro Montes un esfuerzo penoso para aclarar las tinieblas de su memoria y respondió indeciso:

—No sé, mujer. Si me la he puesto no podría explicarlo. — Y agregó, tras breve pausa:

—Todo el día lo he pasado con el gordo Infante; juntos almorzamos y comimos y sólo nos hemos separado en la estación del Puerto.

La señora estalló de súbito:

—Comida con el gordo Infante, borrachera segura y con mujeres: era lo que quería saber.

Y volviéndose bruscamente de lado en el lecho, apagó la luz.

*

* *

Todo ese día siguiente a la noche en que su mujer le arrancara tan mañosamente el secreto, paseó don Pedro por la casa la obsesión

de su camiseta, llenando de colillas de cigarros los ceniceros y las macetas de flores.

En vano trataba de reconstruir los acontecimientos de la víspera: como un cristal que troza en infinitos fragmentos, la memoria de ese acontecimiento trascendental de su vida, se había trozado también en infinitos fragmentos que brillaban a sus ojos, dispersos y confundidos, sin darle la idea clara y precisa del conjunto.

¿Qué importaban, empero, los detalles?

Ya tenía la prueba documental de los amigos de Gómez Barbadillo: la camiseta arrancada de su cuerpo como inútil envoltura de crisálida.

Y entonces él, don Pedro Montes, al renacer de sí mismo con la riqueza exhuberante de un organismo nuevo, pagaría, con creces, la vieja deuda de la especie.

Por otra parte, todos esos detalles, insignificantes ante la magnitud de la aventura, allá se los arrancaría al gordo Infante, a su regreso del Puerto, y la primera vez que fuera al Salón Rojo haría, a su arbitrio, extreme-

cerse de envidia al almirante Sequeira, que ya le cargaba con sus historias inverosímiles de viejo senil.

Y esa tarde, día de Gota de Leche de doña María del Perpetuo Socorro, entró resplandeciente al Salón Rojo, para traslucir su aventura.

*

* *

Bajo la luz verdosa de la lámpara central, que daba a sus duras facciones tonalidades de bronce, el almirante Sequeira leía, de pie, las noticias de la tarde. Al sentir los pasos de don Pedro, desusadamente firmes, y al verle entrar muy apuesto, con el bastón de ébano bajo el brazo, que levantaba gallardamente el ala de su mac-farlan azul, Sequeira, sin siquiera saludarle, le disparó la noticia como un torpedo:

—¿No sabes? El gordo Infante murió esta mañana en Valparaíso, repentinamente.

Don Pedro hubo de afirmarse en una silla, para no caer ante la nueva inesperada.

Cuando pudo recobrarse, se enteró de los detalles, transmitidos telefónicamente desde Valparaíso: le encontraron esa misma mañana tendido al pie del lecho, a medio vestir, vertiéndole de la nariz un hilillo de sangre que encharcaba la alfombra.

—Un ataque de apoplegía—resumió don Pedro; — ya el gordo no estaba para tales excesos.

Y antes que los anteojos de Sequeira insinuaran la aclaración de la frase, por labios de don Pedro irrumpió la historia del viaje a Valparaíso, con la fluidez incesante de un caño que se rompe.

Era la historia extraordinaria que vive latente en el fondo de cada ser creado, por apacible y sedentaria que sea su función fisiológica o social, desde la ostra hasta el pasante de notaría.

Don Pedro tenía ante sí, pendiente de sus palabras y del gesto tranquilo de su mano de predicador, a ese calavera empedernido y escéptico que siempre le escuchara con desde-

ñosa atención y ahora él deseaba prolongar más y más la tiranía de su poder.

Inventó, sí, inventó detalles casi inverosímiles, con la desvergüenza inaudita de los niños que mienten, y el almuerzo con Infante no fué ya a solas "téte a téte", en el reservado de un hotel, sino un almuerzo con mariscos y francesas, al que siguiera una tarde tremendamente "cochonne".

¿Podía pasarse una tarde entera con el gordo y sin mujeres?

Y ¡qué mujeres!: como las que él acostumbraba: eximias en todas las artes: la una...

La llegada del senador Aldao, que venía del Congreso a inquirir noticias de la tragedia, interrumpió la narración.

Pero tan sólo fué un instante, porque tras breve pausa, don Pedro Montes prosiguió, en un desborde incontenible, arrastrando, a su paso, todo el sedimento que en su memoria dejara la literatura pornográfica, desde el Aretino a Joaquín Belda.

Establecía los hechos fundamentales, punto

por punto, con vista a todas las objeciones y los jaloneaba con detalles, como si efectuara un levantamiento topográfico, para encerrarse en un polígono infranqueable, dentro del cual se situaba él, don Pedro Montes, único sobreviviente de la aventura, junto al cadáver del gordo Infante, que ya no podía contradecirle.

—¿Quiénes son esas mujeres?—interrumpió de pronto el almirante, afianzándose los anteojos.

Don Pedro, sentado como en una cátedra, bajo el cuadro de la Casta Susana, sonrió con la sonrisa superior del hombre de mundo que respeta a las mujeres:

—Los nombres no vienen al caso; lo único que puedo decirles es que aquello fué tan tremendo que sólo en Santiago, al desvestirme, pude darme cuenta de que había perdido mi camiseta.

Y terminó, lapidario y cortante como empezara:

—Ya el pobre gordo no estaba para tales excesos.

Todos convinieron en lo mismo.

Hubo un silencio penoso, como si hubiese entrado, en ese instante, el espíritu del muerto en busca del sillón familiar, junto a la mesa en donde la botella de jerez blasonada, se erguía entre el cristal de las copas, con solemnidades de corte.

Y en silencio respetuoso, cediendo a un mandato invisible, los tres amigos bebieron una copa.

—Tanto que gustaba del jerez el pobre gordo — dijo tristemente el senador Aldao.

—Así es la vida — resumió el almirante, levantándose penosamente — unos primero que otros: yo mismo soy ya un barco que hace agua por todas partes. Sólo que aún está vivo el piloto...

En la sala de billares, una carambola, trizó el cristal del silencio, y el estallido súbito de los aplausos y de las voces cruzó por el aire como una bandada de pájaros que se dispersa: era la eterna indiferencia de la vida...

Transcurrieron dos días y aun don Pedro Montes no lograba aclarar ni un solo detalle de la extraordinaria aventura.

En medio del laberinto de sus cavilaciones, se alzaba, sin embargo, dominadora, una idea fundamental: el gordo Infante se había llevado a la tumba su secreto y él, ante Sequeira, ante Aldao y ante el mundo entero, si se le antojaba, podría seguir tejiendo, sobre esa historia estupenda, otra historia que viniera a llenar el vacío de su vida estúpida, para aparecer, ante los amigos de López Barbadillo, lo que se llama un hombre.

Leía esa mañana, tendido en la enorme marquesa conyugal, junto a su mujer, en espera del baño, cuando ésta, que también leía el periódico, le interrumpió de súbito:

—¿Te has enterado del crimen pasional de Valparaíso?

—No tengo tus monomanías policiales—le respondió don Pedro, sin dejar la lectura.

—Es muy curioso — insistió la señora — tiene complicaciones diplomáticas y sociales.

Y aunque don Pedro no manifestara inte-

rés, comenzó ella a leer, en voz alta, la relación espeluznante, primicia periodística en Santiago, del misterioso crimen del Hotel Continental.

Era la narración ampulosa de una tragedia que se desarrollara en uno de los más afamados hoteles del Puerto.

Protagonistas: Mr. Erick van Ludwig, cónsul de Finlandia, socio principal de la casa Holm y van Ludwig, importadora de maquinaria agrícola, secretario de la Cámara de Comercio de Valparaíso (agresor); Mrs. Eveline van Ludwig, su mujer, 28 años, nacionalidad francesa (hospitalizada en la Clínica Alemana, con múltiples heridas de escopeta Wilkinson de dos cañones, en la región lumbar, de carácter reservado); señor X. X., miembro de opulenta familia de Santiago, cuyo nombre se reserva, muerto en el acto mismo, acribillado de tiros de munición.

La existencia en el lugar del suceso de una prenda íntima de vestir, que el cónsul van Ludwig no reconociera como suya, hacía suponer al comisario Watching, jefe de inves-

tigaciones, que otra persona, aún no identificada, pudiera estar comprometida en el crimen.

Don Pedro Montes, que al comienzo de la lectura había permanecido indiferente, principió de pronto a interesarse, para quedar luego sobresaltado y presa de una duda atroz, que le hacía latir el corazón con violencia.

Ese crimen en un hotel, acaecido el día de su viaje al Puerto; la muerte súbita y sospechosa del gordo Infante; esa prenda íntima de vestir, en manos de la justicia; todo eso reunido, despertó de pronto en él un recuerdo, un algo que dormía en el fondo del subconsciente y que ahora se presentaba a sus ojos, claro y distinto como la realidad.

En el estado de inconciencia en que esa tarde se encontrara, después del almuerzo con el gordo Infante, eterno y avezado ninfómano, ¿no era verosímil, y acaso fatalmente cierto, que ambos hubieran penetrado en la habitación del cónsul de Finlandia, en el Hotel Continental?

Allí quedara Infante para cumplir su triste

destino, y de allí saliera él, a la hora del tren expreso, dejando tras de sí la camiseta con sus iniciales bordadas, bajo el Detente del Corazón de Jesús.

¿No deseaba una aventura digna de los amigos de Gómez Barbadillo y sus amigos?

Pues allí la tenía, bullada por los periódicos y con los agentes de la secreta a los talones.

Y mientras doña María del Perpetuo Socorro continuaba leyendo los detalles del crimen, don Pedro Montes comenzó a vestirse apresuradamente, con sólo una idea fija en la confusión de sus pensamientos: volar a la biblioteca del Club en busca de los periódicos y revistas de Valparaíso, para enterarse a solas de la tragedia.

Ya iba a salir, cuando su mujer le advirtió desde el lecho:

—No te olvides de traerme las revistas del Puerto para ver los detalles.

Dando un portazo, se echó don Pedro a correr por la calle como bestia fustigada.

Al entrar en la biblioteca del Club, solemne como una catedral, y aun desierta a esas horas de la mañana, don Pedro Montes respiró con alivio.

Por los "vitreaux" de los ventanales góticos filtrábase el sol en haces luminosos, que hacían brillar, sobre la mesa de los magazines, las tricromías de las portadas, con sus títulos incomprensibles y bárbaros: "Hamburger Fredenblatt", "Ons Vaderland", "Nová Praha", "Svetozor", "Novoie Wremia".

En la turbación de su espíritu, pasaban ante los ojos de don Pedro las revistas nacionales sin reconocerlas, confundidas entre los nombres rusos y checoeslovacos.

Por fin encontró lo que buscaba: un "Sucesos" de Valparaíso, editado el día anterior, en el cual se consignaban detalles del crimen, con ilustraciones y retratos.

Ella, Mrs. van Ludwig, era una francesita deliciosa de nariz respingada, con el sello de la tragedia en los ojos tristes; él un oso del norte, de mirada cruel. La había herido de muerte en un acceso de celos y de cerveza.

Allí estaba el dormitorio de la víctima con sus muebles frágiles Luis XV; la mesa de centro adornada de flores; el "chiffonier", con los delicados utensilios de toilette, todo en orden, todo propio, mostrando a los ojos ávidos del público, en tirada de cincuenta mil ejemplares, la intimidad de una vida chic.

Al pie del lecho matrimonial, junto a la piel de tigre, una cruz negra y repulsiva señalaba el lugar en que sucumbiera una de las víctimas.

Sí. En ese dormitorio había él, don Pedro Montes, penetrado en la inconciencia de la embriaguez; en ese lecho, inconsciente también, había pasado, junto a esa mujer, instantes de deleite indescriptibles, cuya existencia real atestiguaba su camiseta perdida.

Miró a su alrededor con recelo; la biblioteca, adusta y grave como una catedral, aún permanecía solitaria.

De vez en cuando el zumbido monótono de un moscardón rompía el silencio de santuario con entonaciones de plegaria distante...

Don Pedro buscó una silla para sumergirse en la lectura de las informaciones.

El cónsul de Finlandia, Mr. Erick van Ludwig, había salido ese domingo de caza, muy temprano, y su mujer almorzara en el comedor, acompañada de una señora desconocida.

Empero nadie, en la administración y en la portería, recordaba haber visto entrar extraños en las habitaciones del cónsul, ni que se preguntara por él o la señora van Ludwig. Por otra parte, bien pudiera haber pasado inadvertido cualquier visitante, ese día de vapor, y por consiguiente de gran afluencia de pasajeros en el hotel.

A la hora de la cena, y como aconteciera muchas veces, la señora van Ludwig no bajó a los comedores.

Poco después de media noche llegó el marido. Según declaración del "groom" del ascensor, venía éste vestido de cazadora, con dos escopetas terciadas y la cartuchera en la cintura. Sin decirle palabra le entregó un saco repleto de volatería y subió con aire resuelto a sus habitaciones.

Minutos más tarde, el propio "groom" sintió sobre su misma cabeza, en el departamento del cónsul, número 35 del segundo piso, las detonaciones sucesivas de siete disparos.

Era el desenlace de la tragedia.

La policía concentraba por el momento sus investigaciones en la identificación de la desconocida que almorzara con la señora van Ludwig. Los datos sobre estatura, color de los ojos y forma del pañuelo de narices de la presunta cómplice, que pudo dar el mozo que sirvió a la mesa, habían sugerido al comisario Watching, jefe de investigaciones, una solución del enigma: separada del cónyuge, vive en segundo piso, religión anglicana...

Con estos datos, pensó don Pedro, luego, habrán de encontrarla, en su habitación del segundo piso de un chalet con vista al mar, habitación de inglesa, muy propia, muy brillante de barnices, y rodeada de flores, de cuadros bucólicos y de novelas de Walter Scott.

Y ya serían tres los filiados por la Seguridad en sus tarjeteros de identificación: ella,

el gordo Infante, muerto en el acto mismo a manos del cónsul de Finlandia, y la señora van Ludwig, deshauciada por los médicos en el Hospital Alemán.

Empero una circunstancia ponía también en claro la existencia de un caballero Z, comprometido igualmente en el crimen: sobre la mesa de la habitación del cónsul se encontraron cuatro copas de champagne y, en cada una de esas copas, las impresiones digitales, claras y distintas, de los cuatro actores de la tragedia.

Don Pedro Montes dejó sobre la mesa la revista, rendido al peso abrumador de los hechos.

Ya no le cabía duda: él era el caballero Z.; suyos y de su propia mano eran los signos de la copa de champagne; porque todo era también verosímil y concordante.

Allí estaba al borde del escándalo, con sus años, su respetabilidad y sobre todo con doña María del Perpetuo Socorro, nieta y biznieta de héroes y de Oidores...

Y si hubiera tenido siquiera como compen-

sación un instante de lucidez esa tarde de amor y de tragedia. Al contrario; había estado allí, junto a esa mujer estupenda, que tan divinamente hermosa retrataba el periódico, y de esos momentos de transporte, borrados de su conciencia, sólo quedaba una huella acusadora: la impresión inconfundible de sus dedos en la copa de champagne.

Y don Pedro, abismado en su idiotez, se miró los diez dedos de sus manos con un gesto de íntima reconvención.

*

* *

Una semana entera había pasado don Pedro recluído en su escritorio, sin salir a la calle, esperando, minuto por minuto, la entrada de un agente de la Sección de Seguridad, para citarle a comparecer ante la justicia. También aguardó, en vano, la llegada de los amigos del Salón Rojo, a inquirir noticias o a presentarle una condolencia de urbanidad, sólo de urbanidad, porque, en el fondo, de

seguro le envidiaban una aventura que debía eclipsar para siempre sus imbéciles aventuras imaginarias y seniles.

Pero en vano; nadie se presentaba ante él y todo el mundo parecía ignorar su participación en un drama digno de los amigos de Gómez Barbadillo y sus amigos.

Y era a veces tal la confusión de sus sentimientos, que llegaba a desear, con todas las fuerzas de su vida, que vinieran los agentes de la secreta y le arrastraran a la cárcel, con los brazos atados, por la calle, para que todo el mundo supiera que era él, don Pedro Montes, el amante de esa francesita deliciosa, de nariz respingada y con el sello de la tragedia en los ojos tristes...

Sin embargo, le consolaba, en parte, la certeza de que su mujer, doña María del Perpetuo Socorro, a pesar de su predilección por los dramas policiales, no había aún relacionado la muerte del gordo Infante con el crimen del Hotel Continental.

De otra manera hubiese vuelto alguna otra vez sobre el tema.

Notara ella, eso sí, su preocupación constante y, en la noche, cuando don Pedro se daba vueltas en el lecho común, sin conciliar el sueño, fijos en su memoria los ojos de la señora van Ludwig, dulces y acariciadores, doña María del Perpetuo Socorro le reconvenía con sus palabras de siempre:

—Esos son los desarreglos a tus años.

Por otra parte, los periódicos mismos se fueron olvidando del drama y éste llegó, poco a poco, a diluirse entre sucesos de actualidad: asaltos nocturnos, choques de autobuses, un envenenamiento...

La calma también se iba restableciendo en su espíritu y hasta pensó don Pedro esa tarde ir al Club para sondear a los amigos.

En aguarda de la hora, recluído en su escritorio, tomó el periódico para enterarse de las noticias.

Con la aprensión de siempre, buscó los títulos resaltantes, después las noticias de Valparaíso, luego los hechos policiales: nada.

Ya aliviado, iba a dejar la lectura, cuando, al doblar la página, tropezaron sus ojos

con una noticia desoladora y cruel que debía sumergirlo en los mayores quebrantos: la señora van Ludwig había muerto en el Hospital Alemán, después de delicada operación quirúrgica, y sin que la justicia pudiera arrancar de sus labios la confesión de su culpa ni el nombre de sus cómplices.

Junto a este anuncio, resaltaba otro aviso, negro, repugnante y vil: el cónsul de Finlandia, socio de la firma Holm y van Ludwing y caballero de varias órdenes, en letra tipo seis interlineada, ofrecía una gratificación de cinco mil marcos oro a la persona que diera noticias del ofensor desconocido de su honra...

—Canalla, miserable — exclamó don Pedro, estrujando entre sus manos el periódico; — mientras ella muere perdonando y en silencio, para no delatar a sus cómplices, él, por cinco mil marcos oro, pone su honra en subasta pública.

Miró a su alrededor con recelo.

Estaba, a solas, en ese escritorio de magistrado, hoy suyo, y que desde la Colonia

se vinieran heredando los abuelos de doña María del Perpetuo Socorro.

Todo allí le parecía acusador y hostil: la balanza de la justicia, en el tintero de bronce, sobre la mesa, con los platillos colmados de alfileres y de ceniza; los mil volúmenes de jurisprudencia, vestidos de uniforme, solemnes, en los estantes de caoba, como un tribunal constituído para juzgarle.

Pendiente del muro, frente a él, un retrato del Oidor Gorbea, bisabuelo de doña María del Perpetuo Socorro, de pie, ante su mesa de togado, con el índice agudo y lívido, señalaba, implacable, el texto de la Ley.

Buscó, entonces, don Pedro, por todas partes, algo que quisiera manifestarle algún sentimiento humano de benevolencia y conmiseración: en el zócalo de la pared, una fotografía, ya borrosa, del almirante Sequeira, con su uniforme de camarero secreto de Su Santidad, y el pecho cargado de cruces, le trajo la idea de recurrir a él. ¿Cómo no pensara hasta entonces en el almirante?

Era un hombre de mundo que había sa-

bido cubrir las cicatrices de Venus con la librea del Vaticano y los catarros bronquiales con las insignias de todas las instituciones, desde el Comitato Antiblasfemo hasta la Cofradía de Gómez Barbadillo y sus amigos.

Con él se consultaría, pero antes le era preciso reflexionar.

Porque, al complicarse, la aventura se había simplificado al propio tiempo, y de los cuatro actores del crimen, el gordo Infante y la bella señora van Ludwig enmudecieron para siempre, llevándose a la tumba el secreto.

Sólo quedaban él, don Pedro Montes, y la dama desconocida, de la cual no se tuvieran otros datos, que los que obtuvo el comisario Watching por procedimientos deductivos: separada del cónyuge, vive en segundo piso; religión, anglicana...

¿Quién sería esta mujer que se encadenaba a su destino con los eslabones del crimen? ¿Debería buscarla para, juntos, defenderse de un peligro común? Y, si la encontraba, ¿no pudiera derivarse otra aventura

digna de los amigos de Gómez Barbadillo?

Todo esto, y lo demás, debía, sin pérdida de tiempo, consultarlo con el almirante. Al fin y al cabo, era un amigo, un caballero y un hombre de mundo.

Y salió don Pedro a la calle, en busca del almirante, pensando para sus adentros:

—Separada del cónyuge; vive en segundo piso; religión, anglicana: debe ser una hembra colosal.

*

* *

No encontró a los amigos en el Club.

Las festividades de Semana Santa habían dispersado la tertulia del Salón Rojo: el almirante quemaba sus uratos en las termas de Cauquenes, y el senador Aldao dormía las siestas del Congreso, bajo los árboles de su quinta de Peñaflor.

Libre de doña María del Perpetuo Socorro, que debiera, toda esa tarde, hacer las Estaciones, como buena católica, don Pedro

Montes tenía también a su arbitrio toda la tarde libre, de una libertad que le aprisionaba.

Y se encaminó a la garconniére del almirante, en el segundo piso del Teatro Principal, para inquirir noticias sobre su regreso.

Las tiendas estaban cerradas ese día de Jueves Santo: ni un rumor de vehículos en las calles del centro, y sólo fluían, en marejadas silenciosas, como aguas que al desbordarse vuelven a su antiguo cauce, turbas de mujeres con sus trajes obscuros y sus devocionarios, confundidas, en un único y común sentimiento espiritual, la gran dama patricia, su cocinera y la amante de su marido.

En wagones repletos del ferrocarril o en automóviles atiborrados, había huído el extranjerismo, con maletas, mantas y canastos de cocaví, rumbo a las termas o a los balnearios, y la ciudad, libre de sus disfraces importados de Norte América o de Europa, volvía a su misticismo centenario, bajo la luna santa de Abril, sembradora de paz...

Don Pedro, arrastrado por la ola lenta de

devoción, se detuvo ante la puerta del Teatro Principal, frente a la imagen de Nuestro Señor, que en el tablero de un anuncio luminoso de la Pasión y Muerte también se arrastraba, con la cruz a cuestas, empujado por las lanzas de los centuriones de Roma.

Hubiera él querido, como en los años de su infancia, recorrer, una a una, las iglesias, y así rememorar las etapas de la Pasión, para devolver la calma a su espíritu. Sin embargo, sentíase cansado, y, al fin, era lo mismo para su salud espiritual, que ante una butaca de platea, repasara el Señor su Martirio, en una cinta de cinematógrafo, aprobada por la autoridad eclesiástica.

En la penumbra del teatro, vagó por entre las butacas, en busca de un sitio apropiado para su presbicia; a su paso, las siluetas se apartaban con mesura, y las manos, hábiles y astutas, como arañas que medran en la sombra, huían asustadas con leve inquietud de puños y sortijas.

En la pantalla, lívido, Nuestro Señor ex-

piraba serenamente en la cruz para redimirnos del pecado...

Concluía en ese momento la primera parte de la función.

Don Pedro, para sentarse, aprovechó la luz de un anuncio luminoso: era el aviso de la Casa de Cena Jacquín, con su fachada plebeya, evocadora de amanecidas entre mujeres, ante la cazuela de crestas de gallo a lo Voronoff, de que tantas veces oyera hablar al gordo Infante.

Y mientras pensaba en el amigo muerto, que tan fatalmente parecía ligarse a su existencia, otro anuncio luminoso le dejó parpadeando, como si fuera víctima de una alucinación: "El comisario Watching reconstituye el crimen del Hotel Continental".

¿Soñaría, acaso? ¿Era esto cierto o tan sólo una obsesión de su mente?

Y en un esfuerzo penoso, miró al escenario para cerciorarse.

Sentado ante una mesa de laboratorio, mesa de mago o de alquimista, en donde brillaban microscopios, retortas, tubos de en-

saye, máquinas misteriosas y relucientes, que unían la tierra al infinito con alambres retorcidos y pérfidos, que se deslizaban traidoramente por los guardapolvos, el comisario Watching, el mismo comisario Watching que don Pedro viera, tantas veces, retratado en los periódicos, sonreía ante el público, mostrando sus colmillos de sabueso.

Y el público aplaudió tras un murmullo de aprobación.

Luego otro cuadro: "El Hotel Continental".

Era el mismo, con su estilo Luis XVI y sus mansardas de plomo donde anidan las palomas: en la puerta principal, el "groom" del ascensor contenía una sonrisa mordiéndose los labios; más allá, los mismos almacenes, la Confitería de Sao Paulo, el almacén de flores, y, en la calle, el movimiento febril de la ciudad, con sus peatones, muy de prisa, y el continuo rodar de los vehículos.

No había duda alguna: era el Hotel Continental.

Don Pedro sentía zumbar en sus oídos la

presión de la sangre con martilleos de fragua. Hubiera deseado deslizarse en las tinieblas como un ladrón, y yacía fijo en su butaca; no quería mirar, y sus ojos estaban clavados en la pantalla.

Una voz exclamó a sus espaldas:

—En la quinta ventana del segundo piso estuvimos alojados, ¿recuerdas?

—No es entonces una alucinación — pensó don Pedro.

La leyenda de un nuevo cuadro proyectóse en la pantalla y el público deletreó con murmullo de oración: "El cónsul de Finlandia sale muy temprano de caza".

Y luego allí, en la intimidad del dormitorio, que le era tan conocido por las reproducciones de la prensa, tenía don Pedro frente a él a la señora van Ludwig, pero viva, respirando, sonriendo, inconsciente de que todo un público observaba atento, y ávido, las perfecciones de su cuerpo, mal encubiertas por el deshabillé de la mañana.

Allí también estaba el señor van Ludwig, fuerte, recio, velludo como un oso del norte,

aprestándose para esa cacería clásica, que siempre causa más víctimas en el dormitorio conyugal que en los campos.

Y ella, para conquistarse una tarde libre, rondaba solícita en torno al marido, le cepillaba la cazadora, le ceñía el cinturón ametrallado de tiros, siguiendo siempre, con sus frágiles zapatillas de terciopelo, la huellas de las botas de sport para charcos y montañas.

¿Qué duda podía ahora tener?

Gracias a una ingeniosa combinación del gordo Infante, toda esa tarde de libertad, conquistada por la señora van Ludwig, con tanto arte y solicitud, era para él, don Pedro Montes, sólo para él.

Ciertamente, hasta entonces, por una torpeza de su memoria, incapaz de retener las sensaciones, no tuviera él otra prueba palpable de la existencia real de esas horas de deleite, que el extravío de su camiseta.

Pero ahora, en presencia de ella, ágil, nerviosa, pérfidamente "cochonne", moviéndose y obrando a impulsos de su instinto, parecían aclararse las tinieblas de su recuerdo.

Sí. Todo había sido realidad, realidad tangible y palpable, y los detalles de la aventura, que hasta entonces él creyera creados por su imaginación, a fin de deslumbrar a los amigos del Salón Rojo, fueran también tangibles y palpables. Palpables.

Y, clavado en su butaca de platea, seguía los movimientos de esa mujer, concentrando toda su energía vital para descubrir, bajo la transparencia de los encajes, las ondulaciones de la carne.

De súbito, desvanecióse el cuadro y, en la pantalla, un aviso anunció al público, con los más monstruosos adjetivos de la literatura del cine, la próxima continuación de la archimagna película de informaciones policiales: "El crimen del Hotel Continental".

Luego encendiéronse, lenta y discretamente, las luces. Había terminado la función.

Arrastrado por la multitud, don Pedro Montes avanzaba, inerte, a lo largo del foyer del teatro, resplandeciente de luces.

En la puerta, entre la muchedumbre que

se estrujaba, un muchacho harapiento repartía carteles.

Sin saber cómo, don Pedro Montes encontró entre sus manos un papel húmedo y viscoso, en el cual resaltaba la leyenda fatídica: "El crimen del Hotel Continental".

Miró a su alrededor con recelo, estrujando el cartel, hiriéndolo con las uñas crispadas.

Frente a él, en las vidrieras del Restaurant Naturista; más allá, en los postes de teléfono; abajo, en la solera de la calle, junto a sus pies, como una sierpe venenosa, el mismo letrero fatídico.

Se detuvo entonces, acosado, en el tumulto de la calle, y elevó sus ojos al cielo, en aguarda de algo divino que viniera a salvarle: allá arriba, en la obscuridad de la noche, haciendo palidecer las estrellas, el círculo luminoso del Prince of Wales deletreaba en letras rojas: "El crimen del Hotel Continental".

Y él, protagonista anónimo de ese crimen propagado por la prensa y el cine, es-

crito en letras de fuego, en la obscuridad de la noche, estaba allí, de pie, en medio de los transeuntes, sin que nadie le reconociera, desafiando a la justicia humana y a la justicia divina.

—¿Qué es lo que miras? — le preguntó una voz a sus espaldas.

Don Pedro se volvió sobresaltado.

Era doña María del Perpetuo Socorro, que volvía de las Estaciones, con su traje negro de iglesia y su devocionario.

—Pero, ¿has visto impiedad semejante? — continuó la señora, sacudiéndole, — en día de Jueves Santo proyectar avisos de inmundicias!

Y con la mano trémula, donde brillaban de indignación las sortijas, señaló el círculo luminoso del Prince of Wales, que seguía deletreando: "El crimen del Hotel Continental".

Don Pedro miraba hacia arriba, sin comprender, aturdido, clavado en el pavimento.

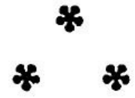
—Es una película indecente — continuó la señora, sacudiéndole y gritándole para ha-

cerse comprender, — una película indecente representada por niñas de la sociedad, y todavía la prensa católica se encarga de la "réclame", engañando al público.

—¿Entonces no es verdad todo eso — balbuceó don Pedro; — no es verdad que existe la señora van Ludwig? Y mi camiseta, entonces, ¿dónde está?

Doña María del Perpetuo Socorro quedóse mirándole breves instantes, y, alarmada por la palidez de su rostro y el temblor de sus miembros, le arrastró de una mano, en busca de un vehículo, mientras le reconvenía como siempre:

—Vámonos a casa, que estás con fiebre, y esos son los desarreglos a tus años.



Al levantarse, don Pedro, una mañana, después del serio accidente nervioso que sufriera, a los pies de la enorme marquesa conyugal encontró su antigua camiseta, muy

doblada y hediendo fuertemente a alcanfor.

Sin duda era la misma: con sus iniciales bordadas bajo el Detente del Corazón de Jesús y el jeroglífico de una zurcidora en la espalda.

Y mientras, aún debilucho y torpe, se ponía la camiseta, buscaba en su memoria al culpable de su extravío, sin poder determinar si fué su mujer la que se la escondió esa mañana de su viaje al Puerto, o si él mismo no se la puso, al vestirse de carrera, para alcanzar el tren, en vísperas de su memorable aventura.

En verdad, ya se sentía otro hombre, más fuerte, más firme, y, no obstante, sentía, al propio tiempo, que algo inherente a sí mismo le faltaba: era la muerte de una ilusión, acaso la única de su vida, simbolizada en esa francesita deliciosa, con el sello de la tragedia en los ojos tristes...

Porque la existencia palpable de esa camiseta, saturada de alcanfor, que le oprimía el pecho y las espaldas, le demostraba que todo había sido una ilusión: sí, era la prue-

ba documental de los amigos de Gómez Barbadillo y sus amigos.

Y esa misma tarde, después de largas cavilaciones, se encaminó al Salón Rojo, para sondear a los amigos, mientras pensaba para sus adentros:

—Acaso las historias de Aldao y del almirante son tan imaginarias como la mía.

*
* *

Años más tarde, el terrible don Pedro Montes, único sobreviviente de los amigos de Gómez Barbadillo y sus amigos, en el propio Salón Rojo del Club de la Unión, bajo el cuadro de la Casta Susana, condescendía, a veces, en contar la formidable aventura, que llegó a valerle la presidencia honoraria de la Cofradía.

El almirante había muerto; el senador Aldao, después de un matrimonio, casi póstumo, con el ama de llaves, se ocultaba de los hombres, bajo los árboles de su quinta de

Peñaflor, y ya nadie, incluso doña María del Perpetuo Socorro, nadie, recordaba el argumento de la película "El crimen del Hotel Continental".

Eran rostros nuevos los que le escuchaban, agrupándose, en torno suyo, como ante una cátedra inaccesible: eran los eternos neófitos de la vida, como él en otro tiempo, que le oían respetuosos, pendientes de cada una de sus palabras, y atentos siempre al accionar tranquilo de su mano de predicador.

Y siempre, también, después de terminar su relato, listo ya para salir, muy envuelto en la bufanda de seda, y con el bastón de ébano bajo el brazo, que levantaba gallardamente las alas de su mac-farlan azul, don Pedro Montes resumía, a los amigos que le acompañaban hasta la puerta, esa historia trascendental de su vida, en una sola frase, lapidaria, que era como el epitafio de su consagración:

—¡Realmente, la señora van Ludwig era una hembra colosal!

# LAS CAMPANAS DE ALMENAR

Como de costumbre, ese día, después del almuerzo, bajó Fernando a su "Alhambra", para repasar la correspondencia y los periódicos.

Era un hall destinado a las siestas estivales y a las veladas de amor, que él mismo se hiciera construír en su elegante "flat" de Grovesnor Square, en el propio corazón del Londres aristocrático.

A la vera de los muros blancos, resplandecientes de cal, cuajados de arabescos, tendíanse los divanes cubiertos de tapices, donde dormían los monstruos bordados en los almohadones de seda.

Junto al bronce brillante del fumadero de opio, se alineaban, en círculo, las babuchas multicolores, de puntas retorcidas, como una

flotilla de carabelas, anclada en el mar inmóvil del pavimento de mármol. Al centro, y bajo la media luz de la cúpula de mezquita, una taza de alabastro vertía, en voz baja, la obsesión de su monólogo eterno.

Al acercarse al taburete de marfil, donde se amontonaban los fajos de periódicos extranjeros, reconoció Fernando una carta de su padre, muerto en América quince días atrás, que acababa de llegarle por el último correo.

No podía dudarlo: era la letra del marqués, temblona e insegura, trazada con la eterna tinta de color morado reluciente y, al respaldo, el sello de armas, rojo como una gota de sangre fresca.

Y permaneció un rato caviloso, con la carta entre las manos, sin atreverse a abrirla, repasando, maquinalmente, las inscripciones postales y la leyenda del escudo nobiliario: "Campanas de Almenar, Dios sólo os faze sonnar".

Desde que, por cable, recibiera de Santiago de Chile la lacónica noticia de la muerte de su padre, el viejo marqués de Almenar, Fernando de Villalba, sin ánimo para salir a parte alguna, había paseado su dolor, mezcla de egoísmo y arrepentimiento, a través del lujo y confort de sus estancias de mozo rico, en donde todo le reprochaba su pasado, sin otro objetivo que el placer.

Se cumplieran ya diez años que padre e hijo se separaran, sin efusiones ni protestas: vago, libertino, ajeno a los přejuicios aristocráticos, había escandalizado a la parentela católica con su vida licenciosa entre la bohemia universitaria, que frecuentó, semestre tras semestre, en busca del título de abogado, que en Chile, desde la Revolución de la Independencia, siempre tuviera el primogénito de la casa.

Su partida para Londres fué un descanso para todos, a pesar de que allí, en su lujoso "flat" de Grovesnor Square, continuaba la misma vida, asistiendo a cursos truncos de historia y filosofía en la Universidad, y en-

tregado, por intermitencias, al libertinaje y al sport, entre rastacueros y pugilistas.

La muerte de su padre le obligaba, ahora, a torcer el rumbo de su existencia despreocupada y a entrar de lleno en la administración de sus crecidos bienes, con las preocupaciones de la banca y el fastidio de tratar con notarios y contadores.

Al perder a ese padre rígido, duro, intransigente, pero que desde lejos proveyera, hasta entonces, con esplendidez sus caprichos, Fernando de Villalba sentía la enorme soledad y la infinita inercia del vencido.

Se decidió, por fin, a romper el sobre de esa carta póstuma, que se imaginaba llena de recriminaciones y consejos.

Por la data, vió Fernando que su padre la escribiera dos días antes de morir, y en nada podía traslucirse el presentimiento de un fin tan próximo. Al contrario, era, como todas sus cartas, breve, con objetivo único y determinado, sin apartarse de él desde la primera línea, y en ella recomendaba a su hijo, sin premura, la conveniencia de una visita a

su castillo de Almenar, porque, de algunos años a la fecha, no tenía noticias del viejo servidor que le guardara.

Recordó entonces Fernando que, junto con el título de marqués, su padre conservaba, con orgullo, esa torre ruinosa, perdida entre las sierras de Castilla la Vieja: lujo oneroso de tradición indiana, pues los acres de castañares y de tierras de garbanzos, apenas si bastaban para el sustento del guarda y de la parroquia.

Dejó, aliviado, la carta sobre la bandeja. Nada de recriminaciones, ni un consejo siquiera: hasta el postrer instante igual, sin expansiones de cariño, pensando sólo en la tradición.

Ahora le era preciso cumplir el último encargo de su padre; más que eso, haría restaurar ese castillo abandonado, en recuerdo suyo.

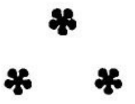
Y tendido en un diván, aspirando el humo de su cigarrillo, Fernando de Villalba comenzó a idear su programa de trabajos: reparaciones en las fachadas, conservando el

estilo, baños y water closets por doquiera, una cancha de golf...

Además, para la quietud de su conciencia, hasta haría decir unas misas, en el oratorio del castillo, por el alma devota de los marqueses de Almenar.

Un reloj, en el templete de mármol, tocó lentamente las tres, distrayéndole de sus pensamientos: era un Budha, que con su mano regordeta golpeaba las horas en el vientre hirsuto y tenso, mientras movía con intención sus ojos oblícuos...

Fernando levantóse, entonces, ya aliviado, repitiendo, sin saber por qué, la leyenda del escudo de su linaje: "Campanas de Almenar, Dios sólo os faze sonnar".



Tras larga reclusión, Fernando salió esa noche de su casa, sin rumbo fijo: quería meditar a solas, caminando por las calles, en ese tremendo viaje a España, que desde

algunas semanas le andaba zumbando por el pensamiento.

Sentía por la vieja Península, patria de sus ascendientes, la medrosa aprensión de los americanos educados en Inglaterra, y que podía traducirse en un asco, casi fisiológico, por el ceseo, por el accionar amenazante, por los hoteles sin baño, y por el ajo de las comidas.

Con más entusiasmo hubiera emprendido una expedición al Polo o a los últimos rincones de la Tartaria.

Y, sin embargo, le era preciso realizar ese viaje.

Rumiando con rencor sus pensamientos, había dejado atrás el barrio aristocrático, donde se prohiben hasta los gritos callejeros, y de pronto se encontró arrastrado por la corriente humana, a lo largo de una calle bulliciosa. Un anuncio de luces, al fondo, enorme como arco de triunfo, parpadeaba inquieto: "Sunny Spain".

—Es curioso — pensó Fernando. —

"Sunny Spain", España luminosa; principiemos por aclimatarnos.

Al entrar a ese salón de espectáculos, tendido de rojo y gualda, contrájose, como un músculo herido, su temperamento británico.

Entre las pilastras laterales, recubiertas de místicas palmas, como las de una catedral, los grupos se animaban discutiendo a gritos, con las manos en alto, entre el humo de los cigarrillos.

En un muro, a la luz de las bombillas eléctricas, la tricromía de una suerte de toros, mostraba la sangre fresca de la res vencida, sobre la arena brillante, y allá lejos, en el escenario, entre las flores de un cortijo andaluz, una maja, envuelta en su mantón, bailaba, loca de alegría, al sollozar callado de la guitarra.

Por primera vez, en diez años que residiera en Londres, se encontraba en un ambiente latino. Y el espíritu de esa raza, en efluvios bulliciosos de alegría y de dolor, de muerte y de vida, de cristianismo y panteísmo, flotaba encerrado en ese teatrillo de ba-

rrio, como una esencia sutil en un cofre, arrojado al tumulto de la calle, donde se estrujan los codos del egoísmo inglés.

Mareado, sentóse ante una mesa, y permaneció en suspenso, observando.

Por detrás de la silla, le preguntó, de pronto, una muchacha, en delicioso castellano:

—¿Quisiera el señor comprar este retrato?

Era una tarjeta en donde aparecía Lola, "la Sorianita", con su traje regional, mostrando su espléndida dentadura, como para el anuncio de un dentífrico.

Y Fernando, con interés, se quedó breves instantes comparando el original con el retrato.

La malla del vestido blanco de seda ceñía las formas de su cuerpo sano y fuerte, conformado para el amor y la maternidad. Las cejas obscuras, unidas en la nariz, recta y delgada, cernían sobre la frente serena sus alas negras, como un ave que buscase altura. En las pestañas parecía adherirse el car-

boncillo de la combustión interna de sus ojos.

Era uno de esos tipos étnicos que compendian una raza, nacidos, soberbios a la vida, a través de millares de cruzamientos, con la fuerza ciega de la especie que lucha por conservarse.

Al verla, Fernando recordaba a las mujeres de su tierra, las más hermosas del mundo: rostros de amigas ya olvidadas, viejos retratos criollos, en la penumbra de los salones aristocráticos.

—Tú eres mejor, muchacha — dijo, por fin, sonriendo; — pero siéntate un momento conmigo.

Y pidió una botella de champagne.

Lola se sacó su fresco sombrero de paja, poniendo en evidencia la fecundidad del cabello, negro y lustroso, trenzado alrededor de la nuca, como un nido de serpientes. Después dijo, risueña y agradecida:

—El señor es americano, ¿verdad?

—Americano, del último rincón del mundo. ¿Y tú?

—Soy de Soria — respondió, muy seria, — nacida al otro lado del puente; pero salí de mi tierra muy niña.

—¿Y qué tal es Soria?

—Donde uno se ha criado, siempre es hermoso — contestó Lola, mirándose melancólicamente las sortijas. — Tierras muy áridas, cerros muy fríos, con nieves hasta en verano; pero cañadas muy verdes, soles muy ardientes.

Era curioso: durante su larga reclusión, Fernando se había entretenido en buscar pormenores sobre Soria, en enciclopedias y diccionarios, porque sabía que muy cerca de allí estaba la torre de sus abuelos.

Y preguntó, interesado:

—¿Conoces, acaso, el castillo de Almenar?

—¡Qué no he de conocerle! Es viejísimo, lleno de curiosidades que admiran los turistas; pero está muy abandonado, porque su dueño ,el marqués de Almenar, vive allá en las Américas.

Fernando quedóse sobrecogido al oír pro-

nunciar el nombre de su padre, siempre tan austero y tan rígido, por los labios de una mujer, brotada de repente, entre las miasmas de la vida fácil, en ese teatrillo de barrio.

Y fué tal su sorpresa, que Lola, acaso presintiéndola, le preguntó:

—El señor, que es americano, acaso le conoce, ¿verdad?

—Conozco a la familia — respondió Fernando, — y algunas veces oí hablar de ese castillo, pero nunca imaginé que lo tuvieran abandonado.

—Cuando salí de mi tierra, vamos, cosas del destino, era yo casi una criatura. Aún vivía entonces el abuelo Curro, que guardaba el castillo; después supe que el pobre había muerto... tal vez de pena porque mucho me quería...

Ambos se quedaron silenciosos, frente a frente, y sus pensamientos, que ascendían, con quietud, por las volutas del pasado, como el humo de un pebetero, fueron, de pronto confundiéndose, arrastrados por la melodía de la orquesta: era un aire popular que

evocaba, a la vez, viejos cantares de Castilla y tonadas chilenas, llorando ausencias y desvíos, a la sombra de los parrones...

Fué Lola la que rompió de súbito el silencio:

—Cuando una está alegre, los recuerdos de la niñez la entristecen: bebamos, que la vida está adelante.

Y bebieron.

Pero Fernando, con obsesión, sentía que ese castillo de leyenda, oculto tras los montes de Castilla, iba, poco a poco, creciendo en su memoria, hasta obscurecer sus pensamientos, con la sombra de su torre negra, que repicaba, sin cesar, a su oído: "Campanas de Almenar, Dios sólo os faze sonnar".

Y preguntó de repente:

—¿Has oído las campanas de Almenar?

—No lo permita Dios — respondió Lola, muy seria. — Dicen que tocan solas cuando muere el amo, o en las noches de vendaval, cuando bajo el lobo de las sierras. Si usted hubiera estado allí alguna vez, nunca hablara de las campanas de Almenar.

Y al santiguarse, devota, para conjurar el hechizo, en su mano blanca y pequeña brillaron con siniestro resplandor las sortijas.

*

* *

A ese viejo castillo de Almenar y al tañido de sus campanas remontábanse los recuerdos más lejanos de su niñez, solitaria y sin amigos.

Nítida, con los sombríos relieves de un aguafuerte, se presentó a sus ojos la casa solariega de su familia, en Santiago, frente a la iglesia de la Merced, con su portón blasonado, a través de cuya reja de convento veíase el patio, de piedras musgosas, cruzado por las sotanas de los canónigos.

Su padre, el viejo marqués de Almenar, austero y rígido, nunca tuvo con él una expansión cariñosa, y vivió su infancia, sin juegos, apegado a las negras faldas de tía María de las Mercedes, en la antesala con olor a alhucema, en donde ardía, eternamente,

una lámpara, ante la imagen de Nuestra Señora de los Dolores.

Y fué esa tía María de Mercedes la que siempre le hablara del castillo de Almenar, patrimonio de la Casa, que a través de vicisitudes políticas y bajo gobierno republicano, aún conservara la familia, allá en los montes áridos de Castilla la Vieja.

Con qué horror había mirado esas torres que nunca viera, porque fueron siempre la imagen de la tradición que opusieran ante él, para reprimir sus rebeldías de niño; con qué miedo aún recordaba las antiguas leyendas genealógicas, que su tía le contara, en la noche, para dormirle: historias sangrientas de sarracenos, melancólicos romances de infantas cautivas y de princesas moras, que siempre sugerían la predestinación: "Campanas de Almenar, Dios sólo os faze sonnar".

Pero, sobre todo, lo que más le impresionara fué el cuento de esas campanas que tañían cuando el amo, una vez por siglo, iba de América a Castilla, para recibir el pleito homenaje de sus vasallos, y que solas sona-

ban, en sus torres decrépitas, cuando en las Indias moría el señor.

Y en ese instante, Fernando, frente a esa mujer, que inconsciente evocara un recuerdo fatídico, en las lejanías de su memoria, sintió cruzar por el aire un tañido de campanas, lúgubre y triste, que iba, poco a poco, creciendo, hasta apagar el bullicio de la orquesta y el resplandor de las luces, como una bandada de cuervos que se dispersa...

Lola se había quedado también pensativa, de codos ante la mesa, observando las burbujas de su copa de champagne.

De pronto salió de su abstracción:

—El señor se ha quedado triste. ¿Es, acaso, supersticioso?

—Esas son tonterías — respondió Fernando, animándose. — Tienes razón: la vida está adelante. Bebamos.

*

*  *

Era la última aventura de Fernando de Villalba en Europa, antes de volver a su ca-

sa solariega de Santiago, en donde tía María de Mercedes, sola, en su antesala con olor a alhucema, rogaba por él, ante la Virgen de los Dolores.

Ya le habían buscado una mujercita, muy católica, para poblar las estacias desiertas, y él, en su santo horror por el matrimonio y el catolicismo, prolongaba eternamente su aventura.

Desde esa noche en que se encontrara con Lola, habían vivido juntos en la intimidad de su "flat" de Grovesnor Square, gozando de una vida interior, llena de encantos desconocidos, que se arrastraba, continua, bajo el frío ambiente británico, como una corriente eléctrica encerrada en la goma de los aisladores.

Era una mutua inclinación misteriosa, que les hacía tratarse cual si se hubieran conocido desde niños: gestos familiares, gustos y aun caprichos comunes, les hacían también, a veces, quedarse en suspenso, mirándose a los ojos, como si éstos pudieran responder a una pregunta con otra pregunta.

El castillo de Almenar fué sólo el delirio de una fiebre cogida una noche, entre las miasmas de la ciudad.

Nunca hablaron nada del pasado; apenas si conocían sus nombres. Todo lo anterior, era como el recuerdo de otra vida, impreso en el subconciente.

Por un lado, la confesión de una vida inconfesable; por el otro, el temor de humillar, con el dinero o con el nombre, les hacía cerrar los ojos al pasado, cual si temieran descifrar algo incomprensible y doloroso.

Y en la inercia del afecto, Fernando se dejaba arrastrar por la vida, a impulsos de una fuerza de predestinación, que iba creciendo y creciendo, hasta que, de repente, y sin saber cómo, se encontró detenido, frente a las torres del castillo de Almenar, que parecían saludarle con la leyenda de su linaje milenario: "Campanas de Almenar, Dios sólo os faze sonnar".

Seguido, trabajosamente, por el viejo guarda del castillo, cruzó Fernando la puerta de la sala de armas, lóbrega y negra como la tapa de un ataúd.

Lola, sin interés por la visita, y fatigada con el viaje, prefirió aguardarle en el automóvil, que aún se estremecía jadeando, junto a la plazoleta enlosada, circuida de cadenas feudales, donde retozaban los gorriones.

Y él, de paso para Madrid, sin decir a nadie su nombre, como un simple viajero, entraba por la primera vez en la mansión de sus antepasados, encubriendo aún más su incógnito, bajo los arreos de sport y los verdes anteojos de turista.

Era un triste salón artesonado, en cuyas paredes, recubiertas de obscuro cuero cordobés, con labores de filigrana, palidecían lúgubremente las escenas de la Pasión.

Se veía, en todo, el súbito estancamiento de la vida: las águilas, talladas en los respaldos de los sillones abaciales, permanecían junto al muro con sus alas inertes; los pies de un vargueño de carey, hincaban sus ga-

rras felinas en las losas del suelo; en la tiniebla de un estante arrinconado, dos corridas de infolios de pergamino amarillento, parecían sonreír como una dentadura vieja.

En el sueño en que todo semejaba dormir, arrebujado en el polvo gris de los años, sólo vivía un retrato de cuerpo entero, dominando la estancia, entre dos blandones de metal enmohecido.

Destacábase la figura, de pie, sobre un campo sembrado de armas y cadáveres. Ante el peto de la coraza, se cruzaban los brazos desdeñosos; de la golilla de encajes, como de una bandeja de filigrana, emergía la cabeza, dominadora, y entre la maraña de unas barbas grises, brillaban los ojos, sobre la nariz aguda y cruel.

Fernando se acercó para deletrear la leyenda:

"El Gobernador don Lope de Villalba,
" Capitán de las guerras de Flandes y de
" Italia; asistente al saqueo de Roma, al ase-
" dio de Amberes, al sitio de Cambray, a la
" expulsión de los moriscos de Granada;

" Gobernador de Chile, en el Virreinato del
" Perú, en donde dió tantas batallas y mató
" tantos indios, que el Reino quedó para
" siempre de paz; creado, en premio de sus
" múltiples servicios, primer Marqués de Al-
" menar, por el Rey don Felipe II y su Con-
" sejero Privado. Rogad por él".

Y Fernando, haciendo una rápida señal de la cruz, rogó por él breves instantes.

Era el fundador de su raza en América, de esa raza siempre dura, calculadora y sin afectos, que al correr de los siglos, sin que la quebrantaran las revoluciones políticas, se mantenía, siempre inconmovible, brillando con el prestigio de la riqueza acumulada, a través de las generaciones, con las rapiñas de la guerra, con la explotación de los indígenas: siempre con el dolor de los vencidos...

No; él, Fernando de Villalba, no sentía correr por sus venas esa sangre helada y cruel, y bajó los suyos, ante los ojos grises y penetrantes, que desde el muro le miraban acusadores.

El viejecillo, silencioso, junto a Fernando, levantaba hacia la pintura, de sus hom-

bros cansados, la blanca cabeza de leyenda bíblica.

—Es del Ticiano — dijo, por fin, quedamente; — lo más curioso que tenemos. Representa al marqués de Almenar, fundador de la Casa. Usted, que es de América, conoce acaso a la familia.

Y como Fernando nada dijera, continuó:

—Pero si el señorito quiere llegar esta noche a Madrid, es necesario darse prisa, que aún hay mucho que ver.

Y con gesto de autoridad, indicóle a Fernando que le siguiera.

Este le siguió, con lentitud, a lo largo de la estancia, mientras el viejecillo, adelante, sin volverse, proseguía, como monologando:

—Todo está así porque ya estoy viejo y el amo no se acuerda de nosotros; vea usted, en los años que tengo, que son muchos, sólo una vez ha venido el señor, y según oí a mi padre, que en paz descanse, sólo una vez, durante su vida, vino el padre del señor marqués.

Se detuvo, y volviéndose hacia Fernando, resumió con tristeza:

—Están tan lejos las Américas...

—¿Hace muchos años que no viene el marqués? — preguntó Villalba.

—Aguarde usted — repuso el viejo, sondeando sus pensamientos, — fué por la Martiniega; mi hija era una rapaza guapísima, lo mejor de estos contornos... Con qué gusto eché las campanas a vuelo: porque ha de saber usted que las campanas de Almenar sólo se tocan cuando llega el amo.

Estaban detenidos ante una puertecilla estrecha, empotrada en la espesura de la pared.

—En esta habitación — prosiguió el viejo, mientras corría los cerrojos, — pasaba el señor días de días encerrado. Verá usted, todo está como él lo dejara.

Al entrar a esa habitación, en donde flotaba el olor indefinible de las cosas muertas, los pies de Fernando se hundieron en la alfombra gris, como en el polvo de una carretera.

La cuja, bajo el pabellón de brocato ama-

rillo, se alzaba al fondo, con solemnidad de tabernáculo; dos sillones de vaqueta, frente a frente, casi tocándose los brazos, aún conservaban la postura de una conversación confidencial; de la percha, clavada en el muro, pendía un sombrero de mujer, adornado con rosas, ya ennegrecidas por el tiempo, como flores de sepultura...

—Todo está como el señor marqués lo dejara — repetía el viejo.

Todo estaba igual: un quitasol sobre una silla, un cuello olvidado sobre la mesa de noche...

Era un instante de la vida de su padre, siempre oculta para él bajo el manto solemne y frío de su autoridad paterna, que se estancaba allí, a sus ojos, modelándose, bajo el polvo gris de los años, como una reproducción galvanoplástica.

Fernando se acercó a una mesa, en donde libros y objetos se amontonaban en desorden, bajo la tierra que los cubría.

Tomó un folleto, al azar, y sacudió el polvo para leer la carátula: era un almanaque

de farmacia, de tapas amarillentas, con anuncios de drogas y una fecha: 1887.

—¡Treinta años que su padre había morado allí! Treinta años, y todo se conservaba igual: era un compás de silencio, una larga intermitencia, en la perenne pulsación de la vida...

El viejo Curro, que registraba, entre tanto, los cajones de un vargueño, exclamó, de repente, presentando a Villalba una fotografía:

—Aquí lo tiene usted; éste es el señor marqués de Almenar.

Aquél se quedó, largo tiempo, observando la tarjeta descolorida, que le evocaba remotos recuerdos de su infancia: el mismo retrato de su padre, con el histórico uniforme de la Universidad de Oxford, que la tía María de Mercedes conservaba en su escritorio con olor a sándalo, a los pies benditos de Nuestra Señora de los Dolores.

El anciano le distrajo de sus recuerdos:

—Era guapísimo, muy liberal; las mucha-

chas se bebían por él los vientos; mi hija... ¿qué hubiera podido hacer, la pobrecilla?...

Y tras breve pausa, concluyó, como para consigo mismo:

—Dios perdone al señor marqués todo el mal que pudo hacernos.

Villalba, con ademán embarazado, dejó la tarjeta sobre el escritorio.

Le parecía comprender que en el alma de ese viejo servidor de su familia, junto al respeto centenario, no interrumpido a través de las generaciones, brotaba algo, doloroso y cruel, que fuera arrastrándose como yerba vil sobre los muros de una ruina, hasta cubrirlos de majestad humana y triste.

Fernando, sólo ahora se imaginaba comprender la vida austera y solitaria de su padre, que bajo el manto sombrío de su conciencia católica, sin más pliegues que los del formulismo aristocrático, había guardado un sentimiento íntimo, sincero, doloroso, cuanto más oculto, más cándido en su desnudez.

Estaba profanando un sepulcro, donde no había, quizá, más ofrenda de cariño que ese

sombrero de mujer, colgado, como una corona, del muro, con sus rosas ya ennegrecidas por el tiempo.

—Conozco a la familia — dijo, por fin, Fernando, condolido; — son de mi tierra y acaso podría hacer algo por usted.

El viejecillo se irguió, con orgullo, frente a él:

—Yo nada necesito — exclamó, — mis días están contados, y después de mí no hay nadie: mi hija, la pobre, murió; mi nieta, también, vamos, lo mismo que si hubiera muerto, y el señor marqués tampoco existe ya.

—¿Cómo sabéis que el Marqués ha muerto? — le interrumpió Villalba, sobrecogido. — ¿Acaso os escribieron?

El viejecillo, con lentitud, levantó su mano trémula hacia el escudo que brillaba, a la luz enrojecida del poniente, en el vitreaux de la ventana, y en él, Fernando pudo deletrear, sobre la orla del blasón, como un presagio del destino, la leyenda fatídica de su

raza: "Campanas de Almenar, Dios sólo os faze sonnar".

—¿Cómo lo sabéis? — tornó a preguntar Fernando.

—¿Que cómo lo sé? — respondió el viejo. — Las campanas sonaron solas la noche de San Juan, y esa es la seña de que murió el señor.

Fernando sintió, entonces, un frío intenso que le congeló la sangre: precisamente la noche de San Juan muriera el marqués, en su casa solariega de Santiago de Chile.

¿Cuál era el misterio de esas campanas? ¿Sería posible que el alma de sus abuelos y la suya propia, algún día, pudieran volar a través de los mares, desde los confines de América, hasta el negro campanario de Almenar, buscando el nido donde se incubara su linaje milenario?

—¡No! Era preciso sobreponerse, e ir hacia esas campanas, que siempre entenebrecieron su vida, y, en esa tarde de sol, desafiarlas.

Se asomó a la ventana, sobre la carretera, para tomar el aire que le faltaba.

Frente a él, corría blandamente el Galmayo, entre las tierras de labranza; más allá, perdíase el Duero, tras el monte de las Animas, y a su lado, junto al balcón, se desmoronaban las ruinas de la fortaleza de Almenar, blanqueando al sol, entre piedras y jaramagos, como la osamenta de un jigante.

Esos eran los campos cuyas mieses asolaran sus abuelos en épocas feudales; esas las carreteras que cruzaban, entre nubes de polvo, al frente de sus mesnadas, para someter a tributo a los caseríos que, allende el Galmayo, hoy dormían en paz, a la sombra de los castañares.

Y, de codos ante la ventana de su fortaleza, sentía Fernando, por la primera vez, correr en sus venas la sangre de esos poderosos barones alfonsinos, que iba, poco a poco, fortaleciendo su voluntad, hasta hacerle vencer el miedo pavoroso que le dominara hasta entonces.

—Ya es tarde; hay que darse prisa —murmuró el viejo Curro a sus espaldas.

Fernando se volvió hacia él, con violencia:

—Vamos al campanario — ordenó; — quiero ver las campanas de Almenar.

—Esta es la entrada — respondió Curro, adelantándose hacia una puertecilla estrecha; — la escalera está obscura y el paso es difícil.

—No importa: subamos.

Pero el viejo, frente a él, de espaldas a la portezuela, no se movía, interceptándole el paso.

—A la torre — ordenó Fernando, de nuevo, — ¿no me oyes?

El anciano se irguió, trémulo:

—A la torre no entra nadie; nadie puede tocar las campanas de Almenar.

Y, sujeto, con las manos crispadas, parecía ir creciendo, hasta llenar el vacío del muro.

—Abreme el paso — gritó Fernando fuera de sí. — Es el amo, ¿me oyes? es el amo quien lo ordena.

El viejo Curro vaciló breves instantes, y cogiendo, de pronto, a Fernando por los brazos, le miró frente a frente.

—¡Qué viejo está el pobre Curro! — exclamó luego. — Cómo no haberle conocido, cuando es igual al señor marqués...

Y dejando a Villalba a la puerta de la escalerilla, se hundió en las tinieblas, gritando, feliz, mientras subía los escalones:

—¡Es el amo, es el amo que llega: que suenen las campanas de Almenar!

*

* *

Un tañido grave, rotundo, presagio de desventuras sin cuento, hizo a Fernando detenerse en la obscuridad de la escalera, y buscó, ansioso, el aire y la luz de una ventana.

Los sonidos emergían de la vieja torre, como una bandada infinita de aves negras que, en su fuga medrosa, fueran posándose sobre los campos de labranza, sobre el techo de los

cortijos, ensombreciendo los árboles y obscureciendo los montes, hasta apagar, con el viento de sus alas, la indecisa claridad de crepúsculo...

Una voz, a su espalda, distrajo otra vez a Fernando de sus pensamientos. Era Lola, que le sacudía, preguntándole:

—Díme, díme qué es esto. ¿Por qué tocan las campanas de Almenar?

Fernando la miró, sin comprender: se había olvidado de ella, del regreso a Madrid, de sí mismo, de todo, y permanecía apoyado en el balcón, contra el muro, con la frente baja, escuchando el tañido de los bronces, como inclinándose al paso eterno de una racha de vendaval.

—¿Por qué tocan las campanas? ¡Por Dios, dímelo! — tornó ella a preguntarle.

—Saludan mi llegada, ¿no oyes? Saludan la llegada del señor — respondió Fernando, reponiéndose. — Pero, tú, ¿qué tienes? ¿Por qué esa palidez?

—¡Vete! — suplicóle Lola. — Vete y no me preguntes nada: te lo pido por mí, por

ti, por lo que más quieras en la vida; pero vete.

Fernando, desatentado, quiso sostenerla, pero ella se irguió con horror, rechazándole a través de las estancias desiertas:

—¡Vete, vete, vete!

Y el señor de Almenar, con una pena horrible, que le contraía el alma, huyó, a lo largo de la carretera, en su automóvil, como empujado por un viento de predestinación.

Tras de sí, envueltas en el polvo del camino, aun las torres de Almenar saludaban la llegada del señor, y él corría y corría, las manos crispadas en el volante, los ojos fijos en el horizonte infinito, repitiendo: "Campanas de Almenar, Dios sólo os faze sonnar".

# MANIFIESTO A MIS AMIGOS POLITICOS

*A Ricardo de Lafuente Machaín.*

Desde

Reco

com

ción

al

Desde el retiro modesto de mi cargo fiscal, me dirijo a vosotros, treinta mil ciudadanos electores del Departamento, para daros la explicación que en justicia y conciencia os debo.

Recordaréis, acaso, las innumerables reformas que ofrecí llevar a la Cámara: vías de comunicación, comercio, industrias, habitaciones obreras, relaciones entre el capitalismo y el trabajo; en suma, una transformación material y política de la República, que tendería al mejoramiento del proletariado y al desarrollo económico del país.

Os declaro, sin embargo, casi con orgullo, que jamás tuve ideas sobre ciencias

económicas y sociales, hasta el día en que mis amigos, previo depósito de cincuenta mil pesos en las arcas de la Junta Ejecutiva de un partido, lanzaron mi nombre como candidato a diputado por el Departamento.

Y entonces en un programa político, impreso en fino papel "couché" os prometí, desde lo alto de los muros y postes telefónicos y desde el interior de los tranvías y de los restaurantes, como si anunciara una panacea, las reformas que aliviarían vuestro bienestar, asegurando la prosperidad de la República.

He creído indispensable relataros circunstanciadamente las incidencias que, precipitando mi ruina económica, me obligaron a abandonar la lucha dos días antes de la jornada electoral: es un deber de conciencia democrática.

Pero os prometo, Señores, que en mí, más que la pérdida de una fortuna efímera, pesaban las promesas no cumplidas que os hice, multiplicadas por la linotipía, bajo la fianza

de mi nombre y mi retrato, como cédulas de identidad.

Ofrecí lo que otros antes de mí ofrecieron, precisamente porque ese, mi programa político, fué como el de aquéllos, redactado a la sombra de una Secretaría Electoral, por el mismo escribiente anónimo.

Quiero ser sincero con vosotros: lo único que en el programa de mí había, genuino y propio, en medio de la algazara de los adjetivos, era una sola frase, pero que encerraba toda mi personalidad de "nouveau riche". Y en esa frase, que hube de agregar, de mi puño y letra, al corregir las pruebas en la imprenta, me comprometía, Señores, mientras se preparaba la elección, a recorrer, durante dos meses, los países vecinos, para traeros (esas eran mis palabras) un gran capital de experiencia y ponerlo al servicio de mis semejantes.

Os lo repito: de todo lo que prometí, esto es, Señores, lo único genuinamente mío: Ya veréis cómo os cumplo.

Señores: Fué en Buenos Aires, a la salida de misa de la Catedral, después de visitar la tumba de San Martín, Libertador de Pueblos, bajo los auspicios y saber histórico de un gallego que nos espiaba tres días, en donde vimos a Lambert, César Lambert, desprenderse de una de las anchas columnas de la portada del templo, para venir a nosotros, sonriente y hospitalario.

—¡Qué sorpresa, ché! ¿Cómo pudieron escapárseme a la llegada del Internacional?

Pequeño, de caja erguida y rellena, como para destacarse en delantera; de rostro moreno, lampiño, simpático; de ojos dulces y risueños, consideraba nuestro correcto vestir y engarzándonos por la espalda, con firmeza, nos arrastraba a través de la corriente tumultuosa de la Plaza de Mayo, como si salvara dos presas queridas, con facilidad de nadador.

Sólo bajo las arcadas de un portal, fuera del bullir de los vehículos, ya en puerto de salvación, se desasió de nosotros para considerarnos, satisfecho, sintiéndonos desampa-

rados y más suyos, en la agitación de la gran urbe.

Se quedó Lambert breves instantes silencioso, recorriéndonos, de la cabeza a los pies, con sus ojos risueños y mansos, sin disimular su placer enorme de ver allí a Pepe Echavarría, mozo rico, de los más ricos de Santiago y sin ocultar tampoco la sorpresa de mirarme junto a ellos, a mí, asociado en su recuerdo a la exigüidad de un sueldo fiscal.

—¿Y cómo ha sido esto? — preguntó por fin.

—Viaje de placer y de estudio, — le respondí muy serio; — aficiones históricas, mucho de estadística, con visitas de servicios públicos para reformarlo todo.

Y al verle que me consideraba con mayor asombro, variando de tono, proseguí:

—Reventó una tía beata en la calle de las Monjitas y entre cien legados de beneficencia y a los conventos, por rarísimo capricho de solterona, me legó una estampa de San Luis Gonzaga y doscientos bonos de la Caja de Crédito Hipotecario del 8 con 2.

Lambert sonreía con gravedad ante la irreverencia con que yo hablaba de una señora tan rica.

Y le conté, entonces, la multiplicación de esos doscientos bonos, destinados fatalmente al sorteo, gracias a la alquimia bursátil de Alberto Larreta.

Lambert no conocía a Larreta, pero ya oyera hablar de ese muchacho con cara de niño, que en la Bolsa hacía oscilar las acciones a su antojo.

Pepe Echavarría, por su parte, contó la historia de mi candidatura a diputado:

—Se necesitaban cincuenta mil pesos: Pedro es fuerte en historia y, sobre todo, fuerte en zoología. — Y añadió con ese su decir irónico y cortante:

—Y para el Congreso, esta última ciencia es de una gran ayuda psicológica.

Lambert sonrió un instante para seguir inquiriendo:

—Y tú también, Pepito, ¿por placer y por ciencia?

Echavarría le conociera de ocasión en un

baile y a pesar de su temperamento británico, apagador de efusiones, no sintió disonar ese Pepito confianzudo.

Alentado y socavando recuerdos, Lambert proseguía:

—¿No fué en el baile de las Astoreca dónde nos conocimos? Merceditas se casó: tuve el gusto de acompañarla al vapor a su paso por Buenos Aires; gente bien.

Pepe recordaba que fué precisamente en esa casa aristocrática donde le vió por la primera vez, bailando tango, con la maestría de un profesor, entre un círculo de pecheras blancas.

Y no pudo menos de preguntar:

—¿Siempre bailas con tanto primor?

Sonrió con modestia ante la evocación de esa gracia que le abría las puertas de los salones más señoriales y arrojaba a las mujeres ante la maestría de sus pies.

—Qué tiempos, — dijo, — sin contestar, con aire triste de desterrado.

Pepe, condolido y sin mirarme, le convidó a almorzar.

Señores: con esto faltaba Echavarría, vilmente, al ítem principal del convenio que en mi propio escritorio hiciéramos antes de partir: estadística, negocios, historia, museos, en la noche teatro ligero para la dispepsia, cabaret y mujeres si era de impostergable urgencia, y sobre todo exclusión total y absoluta de compatriotas.

Invitando a Lambert, faltaba Pepe al convenio a los dos días de llegar. ¡Qué iría a ser más tarde en nuestra larga peregrinación!

—Tal vez no pueda — dijo aquél, flojamente, deteniéndose en la calle con el reloj en la mano, — ya es tarde y los domingos almuerzo con Juan López, López y Larrain: es hasta pariente de ustedes.

Y como yo tratara de excusarlo con Pepe por su compromiso, aceptando la invitación, se deslizó a un teléfono.

—Hombre, ¿qué has hecho?—dije a Echavarría, cuando quedamos solos.

—Puede servirnos — me respondió con su flema práctica, — si molesta, le echamos.

Además, yo necesito calzoncillos y camisas y él debe entender mucho de eso.

Señores: ¡con cuánta precisión recordaba a Lambert en ese instante! Me parecía verle en los paseos, bailes y cafés de Santiago, siempre correcto y risueño, eternamente calmado, hasta en el apresuramiento del "Fox-Trot", hasta para correr tras el tranvía.

La última vez que habláramos, fué en mi propio despacho, hacía tiempo, cuando era yo un modesto conservador del Museo de Historia Natural, Sección Mamíferos.

Con el periódico en la mano, donde, por descuido incalificable, se anunció el bautismo de mi primer hijo, vino hacia mí sonriente y tutelar.

Adentro, en el silencio del santuario, con olor a naftalina, al pie del elefante asiático, como ante el pórtico de un templo, me pidió a mí, padre de familia, con autoridad y cariño, que tomara, en nombre del recién nacido, una póliza de crianza y educación.

El, Lambert, era el representante de esa Compañía que velaba por la infancia univer-

sal, desde un alto rascacielo de Nueva York.

—Hay que preocuparse del porvenir de los hijos, — me dijo con severidad; y después, más risueño, golpeándome la espalda, desde entonces curva, de burócrata, añadió:

—A los quince años el muchacho, con una póliza de estudio, tipo 3, irá a Estados Unidos: si es aficionado a las ciencias como tú, tendrá abiertas las Universidades; si es inclinado al trabajo, como yo, frecuentará talleres, entre máquinas, con chaqueta de brin azul ,para volver a su tierra, ya hecho un hombre, a recoger dinero y a civilizar. Además, con esto, tu amigo se ganará un diez por ciento.

Y al decir las frases, diariamente repetidas, sus ojos lentos se fijaban ora en mí, ora en los cuadrúpedos embalsamados, confundiéndonos fraternalmente en la escala zoológica.

Salió del Museo con la póliza aceptada, felicitándome por mi rara previsión, y ahora estaba de nuevo ante nosotros.

En la propia esquina donde aguardábamos, bajo los tilos de la Avenida de Mayo, trazó el programa: comenzaríamos por almorzar en el Vivero, en medio de los árboles:

—Allí van "demie-mondaines", pero chic, algo que no se conoce en Santiago. En coche — agregó — sale más barato. — Sonreí con agradecimiento intuitivo.

Entonces llamando una victoria, habló con autoridad al cochero y partimos.

Recorríamos las avenidas asfaltadas, lustrosas, pulidas por el rodar de los vehículos, cercadas de mansiones señoriales.

Lambert se engolfó con Pepe en una conversación de sastrería, mientras yo observaba el parpadear irónico del taxi.

—Pedrito, tú te aburres — me decía de cuando en cuando Lambert; — siempre fuiste poco aficionado al vestir.

Pero Pepe insistía en su tema, hablando fuerte, para hacerse oir, entre el trotar de los caballos.

—Los calzoncillos y los calcetines, — gri

taba Lambert, — son aquí baratísimos; no vale la pena usarlos sino de seda.

Anchando el pecho, con los pulgares en las escotaduras del chaleco, y los brazos doblados, que hacían brillar, levemente, los codos de su americana azul, ponía en evidencia la finura de su camisa de seda.

Y mientras Pepe admiraba el rayado de la pechera, yo por abajo, en la pierna rolliza de Lambert, divisé la cabeza delatora de un alfiler de gancho, que unía sus medias de seda al calzoncillo de algodón...

*
* *

En el Restaurant del Vivero, al aire libre, entre sillas y mesas de metal, desparramadas entre los árboles, el programa comenzó a desarrollarse y comenzó mal.

Mi dispepsia crónica y la dispepsia de Pepe, que más de alguna influencia tenían en nuestra íntima amistad, se revolvieron indignadas ante el menú que Lambert nos leía,

con las manos en los bolsillos del pantalón, balanceándose contra un tronco, en la silla de hierro.

—Francamente, son ustedes raros para comer, por eso están flacos; si quedaran bajo mi dirección algunos días, qué otros serían ustedes!

E insistía con autoridad:

—La Suprema de ave de la casa es insuperable. — El mozo sonreía divertido, asintiendo.

En un arrebato de independencia, que desgraciadamente tengo sólo para mi estómago, exclamé, casi indignado:

—Pide lo que tú quieras, Lambert; pero déjame al menos comer algo que no me haga daño. Pepe se adhirió a mi frugal menú de viandas cocidas, con aguas gaseosas.

Lambert me calmaba:

—No es para tanto, ché. Tienes razón: la dispepsia de ustedes es legítima; sólo hay que mirarlos. Hay otros — continuó con cierta amargura, — que se hacen enfermos, para comer poco, cuando van de viaje.

El campo estaba triste en ese medio día de otoño y francamente nos aburríamos en esa comida con aguas minerales, extinguidoras de las expansiones.

Al frente, un atleta del circo Frank Brown, que en la noche viéramos arrojar al aire, para recogerlas, enormes pelotas de hierro, hacía melancólicamente pelotillas de pan, sobre el mantel, mientras la trapecista, vestida de amazona, fumaba con quietud un cigarrillo aromático.

Lambert se justificaba: es cierto, había poca gente, pero en la primavera se poblaban estas soledades, nos decía, desparramando su mirada vaga por las mesas vacías y por los árboles amarillentos.

Sin embargo, para un almuerzo con mujeres, por su misma soledad no tenía precio, y en Buenos Aires, aunque difícil, en un viaje rápido, no era imposible encontrar una compañera accidental para embellecer la vida.

Casualmente, él tenía unas amigas, muchachas chic: las hermanas Fratino. La ma-

dre, muy seria, tenía plena confianza en él. Desgraciadamente, estaban en el campo, pero allí las veríamos: —¡Qué mujeres, ché, qué mujeres! — Y mirando a su alrededor, con recelo, nos advertía para resguardarnos: —Cualquiera aquí es peligroso. Todo es cuestión de suerte; suerte, paciencia, amigos míos.

Echado atrás, balanceándose en la silla, con las manos en las escotaduras del chaleco que estallaba — gesto suyo muy peculiar, — nos hablaba a nosotros, serranos del Santiago Colonial, desde los abismos de su experiencia, contemplando a través de los ojos entreabiertos, nuestros rostros demacrados por la dispepsia y las inquietudes de la Bolsa.

Mientras Pepe pagaba la cuenta, me dirigí al chalet, y allí, en la letrina sórdida, oí una voz más sórdida que decía, entre el fregar de los cubiertos y el sonar de los platos:

—No son de cuenta los chilenos que hoy nos trajo el ché Lambert: comen cocido y beben aguas gaseosas . .

Señores: ¿para qué decirlo?, el día siguiente, y otros, fueron todos monótonamente iguales: llegaba Lambert por la mañana al Hotel París, segundo piso, pieza número 35, llamando discretamente a la puerta; inspeccionaba nuestro lento vestir, elegía las corbatas y, con ojos aburridos, seguía el ir y venir de la navaja, sobre mis barbas recias, sentándose en las camas, entre ropas revueltas.

Dos tardes soportó visitas minuciosas por museos y oficinas públicas, con anotación de datos estadísticos, siempre tras de nosotros como buey de repuesto, tras un carro, con andar perezoso y mirada vaga. Una noche, en el Parque Japonés, condescendió también con un "looping the loop", en la rueda giratoria, después de una comida copiosa a que le invitáramos en el National Calvet.

Eso fué sólo en un principio: muy luego, invadiendo nuestra voluntad, extendió sobre nosotros la soberanía de su imperio.

Y desde entonces, por calles y plazas, nos llevó siempre, asidos de la cintura, con los

brazos protectores, como si quisiera aislar algo sagrado del contacto del mundo.

Inició él, así, nuestras giras de desayunos, almuerzos y comidas, buscando en la inmensidad de la metrópoli, con la pericia de su experiencia, los cafés, las confiterías, los restaurantes, cada uno por un plato especial, inimitable; cada uno por un sitio estratégico, ya sea junto al ventilador, en días de bochorno, ya sea dominando las pantorrillas de las violinistas. Después de comer, seguía la ronda de teatros, seleccionando programas, de acuerdo con el estado de nuestro espíritu, en butacas determinadas y únicas.

Y como, noche a noche, le observáramos que nos faltaba el número alegre y preciso del amor, nos decía, excitando nuestra aprensión de dispépticos:

—Cualquiera aquí es peligroso, tengan paciencia; ya pronto llegarán las hermanas Fratino y ustedes verán ¡qué mujeres!

Y nos despedía en el ascensor de nuestro hotel, corriendo por sus manos la reja,

como se guarda, en una jaula, la presa fácil, con precaución inútil.

De a uno en fondo y silenciosos, por el corredor estrecho, rebosante de maletas, llegábamos a la pieza 35.

Adentro, en mangas de camisa, al sumar los gastos del día, que hiciéramos por mitad, yo resumía mis pensamientos:

—Pepe, Lambert nos cuesta caro y las hermanas Fratino no existen.

Sólo a esa hora, y ya acostados, nos era posible hablar de nuestros negocios. El grueso lote de acciones que dejáramos comprado, antes de partir, no nos inquietaba, porque sabíamos diariamente, por telegramas de Larreta, las cotizaciones, siempre crecientes.

Pero Larreta quería hacer subir los valores, aunque fuera con el aparato de nuestro viaje a las pertenencias petrolíferas de la Compañía, con el geólogo alemán y las sondas.

Un telegrama bien concebido, puesto desde el terreno mismo, nos decía Larreta en

una carta, le serviría de pretexto para hacer un nuevo "bombeo" en la Bolsa. "Bombeo", esa era su palabra familiar y mágica.

Pero el geólogo Stolzemberg, ausente de Buenos Aires, no regresaría hasta fines de la semana.

También nos hacíamos conjeturas sobre los trabajos de mi elección, como recordaréis, a cargo del mismo Larreta, interesado en tener en la Cámara otro más de los suyos.

Canales, mi contendor demócrata, según noticias de Santiago, había contestado mi hermoso programa político, con retrato, impreso en brillante papel "couché", con un programa sucio, injurioso, en donde se destacaba, en muros y postes telefónicos, frente a mí, desafiándome, su silueta grosera, en mangas de camisa, con los utensilios de gasfiter.

Por fin, olvidados de la política y los negocios, nos dormíamos pensando en las hermanas Fratino.

A pesar del gasto que nos imponía Lambert, ya nos habíamos acostumbrado a su persona atenta y providente, adaptada a nos-

otros a tal punto, que interpretaba nuestro gustar y nuestro querer, que regateaba en las tiendas para ahorrarnos dinero y que hasta pagaba, de cuando en cuando, el tranvía, lenta y aparatosamente.

En verdad, no era divertido; hablaba poco y siempre en frases cortas. Eso mismo le hacía más cómodo.

Por otra parte, él no inquiría nada de nosotros, nunca hablaba sobre nuestro pasado y raras veces sobre nuestro porvenir: contentábase con el presente palpable. Además, nos había ponderado tanto a esas hermanas Fratino.

Cuando, un día, faltó al desayuno, casi le echamos de menos.

*
* *

Una noche, después de presenciar la danza de los senos del trío Lactini, en el Teatro Cosmopolita, entre apaches y cargadores del puerto, atraídos por la escalera resplandecien-

te, donde meretrices de trajes claros pululaban como mariposas en un rayo de sol oblícuo, subimos al Cabaret París, con la escandalizada protesta de Lambert, que nos seguía silencioso.

Bajo los reflectores verdes, sobre el piso encerado que crujía, rodeada por un cordón de terciopelo rojo, una muchedumbre loca se agitaba al compás doloroso de un tango.

Buscamos la penumbra de una mesa para refrescar la sangre con la hidratada poción de una horchata de chufas.

Una muchacha envuelta en negra capa de tafetán de seda, por la cual asomaban sus piernas delgadas de medias rojas, y, sobre el cuello subido, su perfil moreno y agudo de Mefistófeles rasurado y con polvos de arroz, como una aparición diabólica, se acercó a mi silla, rodeada por el brazo protector de Lambert.

—¿Los señores no bailan? — dijo, con delicioso acento andaluz.

Como americano de comprensión perezosa, me encanta en las españolas la rapidez

del pensar, que es para nosotros como el resplandor de un disparo, que abre al sonido su camino de luz.

Me gusta adivinar la provincia en que han nacido, por el acento, por las líneas de la nariz o del cráneo. Me gusta, además, inquirir sobre el abolengo del linaje, siempre libre de mala raza de moros, aun entre las gitanas y chulas de Andalucía.

—El señor ha adivinado — me dijo; — soy de Jerez, mi padre fué alcalde de Rosalejo; tengo un tío general.

La invité a sentarse, y mientras sorbía el Oporto, supimos que habitaba en un tercero de la calle de Mitre, frente al farol, con su hermana. Era nuestra casa, casa de confianza, donde no se recibía a cualquiera.

Y como Pepe, muy serio, ofreciera nuestra visita, Lambert, más serio aún, inclinado sobre la mesa, sin mirarnos, nos dijo en voz baja y lenta, exclusiva para nosotros:

—No vale la pena, ché; mañana llegan las hermanas Fratino.

Y al murmurar estas palabras, trazaba un

perfil imaginario, con la bombilla de caña, como si quisiera representarnos allí, sobre la cubierta de mármol, la vaga silueta de las hermanas Fratino.

Pepe se irguió, indignado. Yo, con más resignación, objeté:

—Hombre, ya llevamos una semana con lo mismo.

Lambert se levantó lentamente, estirando las piernas adormecidas y los pantalones arrugados, con el temor de que ese Mefistófeles agorero perturbara la paz.

Bajando la escalera, en tanto la española advertía a los señores que en tercero, frente al farol, Lambert nos consolaba paternal:

—Esperen hasta mañana; ya llegaron: era la sorpresa que les tenía.

Al salir del ascensor de nuestro hotel, seguidos por la sonrisa casi irónica del negro, galoneado y brillante, volvimos por la quinta vez, libres de pecado, a la pieza 35.

En la esquina de la casa Gath y Chaves, donde las aguardábamos impacientes, aparecieron, por fin, las hermanas Fratino.

Lambert, antes de presentárnoslas, a la distancia, las recorrió con una mirada lenta, como se inspecciona lo propio, pesquisando la presencia o la falta de algo familiar a sus ojos. Nada debía faltarles, pues nos miraba triunfador, casi diciéndonos:

—¿No valía la pena?

Ni altas ni bajas, ni gruesas ni delgadas, de cabellos entre negro y rubio, de color entre blanco y moreno, de una regularidad de facciones de figurín, eran, acaso, el resultado de una selección preciosa, para satisfacer una estética universal. No tuviera mayor éxito un "affiche", obtenido en concurso, tirado por millares, para vulgarizar una panacea.

Lo único que se destacaba, humanamente, en esa regularidad de maniquí, eran las pantorrillas, soberbiamente torneadas, sólidas y firmes, como el pedestal para poner en seguro una figura delicada y frágil.

Lambert encontró mucha gente en Gath y

Chaves, y temiendo herir la susceptibilidad de esas chicas, tan serias, nos guió a un reservado de la Confitería del Aguila.

En el comedor, tapizado de rojo, ante la mesa íntima, yo observaba, curioso, las facciones casi idénticas de las hermanas Fratino, buscando, a través de sus ojos, la diferencia interior, la fuerza psíquica que atrae o que repulsa; esa afinidad electiva de que nos habla el viejo Goethe. Pero sus ojos verdes, de igual brillo de oliva, nos miraban, sin preferencias, con la misma medida atención.

Entre tanto, Lambert, de espaldas a nosotros, concertaba familiarmente, con el mozo, el lunch que propiciaría nuestra intimidad.

Eran de poco hablar y arrastrábamos la conversación como carga en terreno pendiente, que resbalaba de nuevo sobre nosotros.

Lambert volvió a la mesa y, afirmado con indolencia en el respaldo de una silla, comenzó a tocar los registros de la expansión, con la facilidad de un maestro que ejecuta de memoria una música fácil y familiar.

Señores: Julieta Fratino, destinada a mí

por Lambert, estaba al cabo de muchas cosas de mi vida: la diputación, los negocios bursátiles, y hasta del tiempo en que fuí conservador del Museo de Historia Natural.

Y alentada con la presencia de Lambert, comenzó ella a recordar que, cuando pequeña, fué aficionadísima a los insectos y entretenía las veladas clavando mariposas en una caja de cigarros.

Nunca olvidaba el dolor que sintiera por la picadura de una araña ponzoñosa: aún tenía la cicatriz bajo el vestido. Lambert, que conocía la cicatriz, nos aseguraba que era deliciosa.

La intimidad iba creciendo.

Gioconda, concurría con Pepe en la afición a los viajes: gozaba despertando cada mañana en la pieza distinta de un hotel, registrando los cajones de los muebles, donde se olvidaban las horquillas y los alfileres. Igualmente que Pepe, tenía la obsesión de coleccionar los menús de los restaurantes y los "affiches" de los hoteles. Le desafiaba a que no tenía uno como ella. "Se prohibe escupir en las pa-

redes". Pepe se reía, sinceramente divertido.

La confianza parecía fundirse en ese ambiente tibio, bajo la acción benéfica de Lambert, como se funden y se combinan cuerpos antes extraños, al calor lento y constante de una lámpara de laboratorio.

Nos levantamos con alborozo y pagué la cuenta, feliz, con un billete nuevo.

Ibamos ahora al teatro subterráneo de la Galería Güemes, buscando en las entrañas de la tierra un ambiente propicio, a la sombra del cine, bajo el rodar de los vehículos.

En la taquilla, donde los codos se estrechaban, me precipité en arrebato inútil, y cuando pedía, sofocado, cinco butacas, Lambert, que me siguiera, murmuró a mi oído:

—Un palco, ché; el palco número 12.

Y exclamé, agradecido, para mis adentros, mientras guardaba el suelto:

—¡Nos brindas el retiro de un lugar estratégico probado por tu experiencia! ¡Oh, Lambert providente y único!

Señores: el acto iba a terminar. Nos sentamos en la delantera, con las hermanas Fra-

tino, y Lambert se sumió, discreto, en la obscuridad del fondo, mientras en la pantalla un dúo de amor, a la orilla de una fuente idílica, se prolongaba eternamente al resonar de la orquesta.

En la penumbra nos íbamos estrechando, poco a poco, cuando brilló la luz. Un muchacho galoneado entró ofreciendo confites; Lambert, que nos consideraba benévolo, le hizo un gesto imperceptible hacia nosotros.

Y mordiendo bombones, con sus dientes golosos y sanos, las hermanas Fratino, que conocieran la película, nos reconstituían el argumento arrebatándose las palabras.

De pronto obscureció de nuevo. Entonces, Pepe y yo, como de concierto, fuímos estrechando sordamente nuestras sillas, hacia las hermanas Fratino, hasta estrecharlas en la delantera, pero ellas, cediendo a la presión, comenzaron a arrastrar las suyas, con tiento silencioso, en una ronda lenta, hacia el fondo del palco.

Y cuando se dió la luz y retiramos bruscamente nuestros asientos, buscando una acti-

tud compuesta, nos hallamos de espaldas al escenario, frente a la Trinidad simbólica de las hermanas Fratino, acurrucadas junto a Lambert, que pasaba los brazos protectores tras los respaldos de sus sillas, poniendo en evidencia la pechera de su camisa almidonada, como un escudo protector.

Ya en la calle, llamó un vehículo: nos despedimos algo confusos. Y mientras ellas subían al coche, Lambert, sin hablarnos, sólo con la elocuencia de su mímica, nos golpeó dulce y simultáneamente las espaldas, como diciéndonos:

—Con esto, basta por hoy, amigos míos. Mañana, allá veremos.

*
* *

Al día siguiente, por el desayuno, Lambert no volvió, a pesar de haber olvidado sobre la mesa, junto al tintero, un libro de facturas con dos páginas escritas y una nómina de los subscriptores a una revista de la colonia chi-

lena. Cada día dejaba algo en nuestra pieza, para volver a buscarlo.

Esa mañana, solos, visitando en detalle el Jardín Zoológico, comentamos la excursión subterránea de la víspera.

A Pepe le desagradaba altamente el acento, algo brusco, de la Monna Lisa que le destinara Lambert; en cambio, Julieta le seducía sin saber por qué. En lo que estuvimos de acuerdo fué en el cinismo de Lambert.

Ya era necesario tomar alguna medida. En ese almuerzo, solos, proclamaríamos de nuevo nuestra independencia.

Pepe, rencoroso, al cruzar por las avenidas, a través de las rejas, descargaba su "spleen" pinchando con el bastón a las bestias que se acercaban, confiadas, pidiendo de comer.

—Pepe — exclamé, condolido, — ya que no tendremos a Lambert a nuestra mesa, no perdamos la piadosa costumbre.

Y, cargados de panes, de galletas, de confites, de chocolates, volvimos para hacer una

distribución, seráficamente equitativa, a todos los animales del Jardín Zoológico.

*
* *

Después de almorzar en los alrededores, regresamos a pie, aprovechando el fresco de ese mediodía nublado. Al pasar por una oficina de telégrafos, entramos, para avisar a Larreta que el geólogo Stolzemberg no regresaría a Buenos Aires hasta fines de la semana. Era lo mismo que le anunciáramos el día anterior; pero, en fin, eso calmaba las impaciencias.

Al entrar en la pieza 35, al reposo de la digestión y la dispepsia, encontramos a Lambert, a media luz, tendido sobre mi cama, en mangas de camisa, dormitando, con las manos cruzadas detrás de la nuca. Al sentirnos, abrió los ojos y, sin incorporarse, con el cuerpo cortado, excusó su falla matinal.

—Ya tengo un plan magnífico — exclamó indolente, — las chicas están entusiasmadas: será para mañana.

Y como Pepe objetara el entusiasmo de las chicas, Lambert, decepcionado, incorporándose:

—Pero, Pepe, díme qué es lo que quieres; ayer fué la primera vez. Fíjate que son chicos delicadas; te respondo que fué un éxito.

Y mientras Pepe ponía nuevas objeciones. me senté a la mesa para escribir una carta a Machuca, elector rural con cinco mil votantes, que me encargara unos pantalones de equitación.

Al correr de la pluma, justificando mi tardanza en contestar, perfilando mentiras, amontonando excusas, que crecían y se alineaban, como batallones en peligro, escuché que Lambert exponía a Pepe, ya más humanizado, el programa magnífico.

Señores: era un pasea a La Plata, de un día completo con las hermanas Fratino. Un día y tal vez una noche; era colosal: ellas mismas lo habían propuesto.

Pepe se rendía y, al capitular, formalizó el compromiso invitando a Lambert, para esa

misma noche, al "dinner concert" del Plaza Hotel.

Vaciló un instante:

—Tengo compromiso con las chicas, pero subsanable. Iré.

Súbitamente se acordó de algo muy importante que olvidara, y tomando con precipitación el libro de facturas, salió con violencia desusada.

Ya en la puerta, nos advirtió:

—Pepe, no te preocupes, yo haré reservar la mesa.

Y desde el corredor, mientras se alejaba, volvió a prevenirnos:

—No olvidarse que la tenida es de etiqueta.

*
* *

Cuando entró Lambert a nuestra pieza, de smocking, estaba yo desolado, con la perla de la pechera, rota, entre las manos.

Pepe se pulía las uñas bajo la lámpara.

Con el sobretodo sobrepuesto, reluciente la

camisa almidonada, que le hacía verse más moreno, Lambert se acercó a mí lentamente, después de considerarse un instante, en el espejo, las alas negras de la corbata de mariposa.

Rumiando mi odio instintivo a puños y cuellos de hombre poco sociable, le miré con rencor:

—He quebrado el único botón, y ya las tiendas están cerradas.

Entonces él, pausado y mudo, buscó con gravedad en un bolsillo del chaleco blanco, del cual pendía una estribera de oro, y extrajo, complacido, una collera de cabeza brillante, que me alargó con dejadez, diciéndome:

—Todo tiene remedio en este mundo, ché; para eso están los amigos.

Le miré, benévolo y agradecido, como si le debiera la vida.

Ya tarde dió la inspección final a nuestra vestimenta, fiscalizando hasta el largo de los pantalones, y prestos para salir, al vernos muy tiesos en los fracs planchados, reparó en nuestras zapatillas.

Mostrándonos, en la penumbra del pasadizo, sus zapatos de charol, ya algo traídos, nos dijo:

—No vayan de zapatillas; aquí nadie se las pone; yo no las uso.

—Camina, hombre, ya están puestas, cómo quieres que nos las saquemos.

Miró sus pies, con ojos tristes, y nos siguió pasivo. Pero, ante las luces deslumbradoras del Hotel Plaza, recobró de nuevo, sobre nosotros, la omnipotencia de su imperio.

*
* *

En el vestíbulo majestuoso, con curiosidad de turistas, nos detuvimos, junto al ascensor, ante la lista de pasajeros. En ella nos resaltó un nombre: Hans Stolzemberg.

Nos informaron en la administración que el geólogo llegara esa tarde. Siempre paraba allí, y allí vivía, de fijo, la señora Stolzemberg, en el cuarto de la derecha.

La suerte nos era propicia: esa mismísima

noche hablaríamos con él, para calmar a Larreta, que nos asediaba a telegramas.

El comedor resplandecía. Ante la mesa reservada por Lambert para nosotros, con menú especialísimo, las sillas se inclinaban con acatamiento oriental.

Sin embargo, el propio Lambert se lamentaba:

—Francamente, no han sido afortunados; la gente chic está en las estancias. Lo demás — dijo, con gesto barredor — es sólo cosmopolitismo.

En nuestra mesa, enflorada como un altar, con la aprobación consciente y superior de Lambert, que sonreía digno, el mozo nos ofrendaba guisos con magnificencias de joyas, entre alburas de lino.

Entre tanto, a cada nuevo preludio de orquesta, todo ese cosmopolitismo de Lambert, dejando que los platos se enfriaran, entre servilletas desdobladas, aún masticando, se lanzaba a un nuevo baile, con la conciencia y seriedad del que ejecuta una obra a tarea.

De esa muchedumbre anónima, él sólo conocía a Paco Alvear.

Le espiaba atento para saludarle, entre las vueltas del "fox-trott", poniéndose en toda su evidencia.

Quiso saber quién era la muchacha crespa que acompañara a ese vividor empedernido, y llamó con autoridad al mozo.

Al ser informado que era una salteña, que llegara la víspera, con su padre, al departamento grande del principal, con profusión de maletas, puso a nuestro alcance su pensar:

—Ella es una provinciana rica; él, Paco Alvear, primo de los Anchorena: gente bien.

Yo pensaba, entre tanto, que en esa muchedumbre de alemanes de orejas bajas, casi pegadas sobre el cuello congestionado, estaba de seguro Stolzemberg, con disciplina prusiana, pagando su tributo a la moda del "shimmy", como una contribución decretada por el Imperio.

El "maitre d'hotel", en persona, nos desengañó: Stolzemberg no bailaba, lo tenían los señores en la mesa del frente.

Señores: así pude observarle a mis anchas, digno con la severidad del frac estrecho, oprimido el cuello, acostumbrado a las holguras del traje de campaña, serena la frente incubadora de esos informes técnicos que inflaban los títulos de las Compañías, y con los anteojos verdes, enormes, que al girar incesante de su cabeza de explorador parecían linternas que buscaban senderos desconocidos.

A su lado, la señora Stolzemberg, rubia, pequeña, delicada, sobre la redondez de su rostro de colegiala traviesa, mostraba una naricilla delgada, curiosa, husmeadora, como si tratara de suplir con la instintiva penetración del olfato la vaga insuficiencia de su vista.

Lambert opinó con autoridad que una mujer sin carnes no valía la pena; ahora, una mujer con anteojos era sencillamente ignominiosa.

Ya, ella, desde el consomé, por sobre la taza humeante, me mirara con la insistencia de su miopía, concentrando en mí, con los lentes, la dulzura de sus pupilas azules.

Ardía en deseos de que terminara esa co-

mida eterna, para presentarme a Stolzemberg: era una obligación moral para con Larreta y para conmigo mismo, accionista de la Compañía Toesca.

Y como yo, interesado, volviera a insistir en la dulzura enigmática de las mujeres miopes, Lambert me abrumó con su opinión definitiva:

—Son ignominiosas, ché; las hermanas Fratino, ¡esas sí que son mujeres!

Pepe, el anfitrión, silencioso, pensaba en el costo de esa comida especial, dirigida por Lambert, con profusión de vinos y licores.

Ya todos queríamos levantarnos. El mozo pasaba sin oírnos, fundiéndose en la identidad de los fracs y de las caras rasuradas. Por fin se acercó, solícito.

—La cuenta, hombre, ¿qué has hecho de la cuenta? — le dijo Pepe, impaciente.

Y como Lambert, muy medido, en voz baja le aconsejara:

—No digas la cuenta, ché; dí la adición.

Pepe, fuera de sí, arrojando la servilleta sobre la mesa, despotricó:

—Hombre, digo como se me da la gana.

*

* *

Al día siguiente salió Pepe en su viaje a La Plata, con Lambert y las hermanas Fratino, vistiéndose de madrugada, buscando las ropas en puntillas, como un ladrón, con la conciencia, casi, de que robaba parte de mi felicidad.

Señores: yo nunca pensé en acompañarlos; me bastaba con la excursión al teatro subterráneo de la Galería Güemes. Además, quería dedicar mi tiempo a los negocios, descuidados durante semana y media.

Era un deber que para con Larreta y para conmigo mismo fuera levantándose y creciendo en mi conciencia, ante la sonrisa encantadora de la señora Stolzemberg.

Había dormido hasta tarde. Aunque algo lastimado en mi amor propio, despertaba ahora, lejos de Lambert, con la conciencia de mi libertad, como aquel que, subyugado al do-

minio de un experimentador, despierta del sueño hipnótico que ha hecho reír a un auditorio de salón.

Sólo entonces pude pensar en mi pasado y mi presente, perdidos bajo una neblina de indiferencia.

Hice el balance de mi fortuna, cotizada según los últimos telegramas de Larreta, y me estiré en la cama, con la conciencia de ese dinero, que podía comprar a muchos Lambert y a muchas hermanas Fratino.

De un salto me levanté.

Señores: el cargo de diputado con que pensabais honrarme, obligábame a un máximun de actividad; era mi deber enviaros tarjetas postales, con vistas de edificios públicos, todo alusivo.

Era, igualmente, mi deber, hasta pagándolo, si necesario fuere, dejarme entrevistar por "La Nación" de Buenos Aires, para emitir mis opiniones propias sobre tópicos de actualidad. Y al afeitarme, siempre con cautela suma, pensaba en lo que pudiera decir sobre el viejo problema de Tacna y Arica.

Además, ya era tiempo de ir buscando los regalos que debía llevar para vosotros, ciudadanos electores: abrigos impermeables, dados de pocker, sobres con monogramas que viera, día a día, en los escaparates de los almacenes. Eran regalos útiles.

Y mis pensamientos saltaban de la diputación a los negocios, bajo la mirada dulce y risueña de la señora Stolzemberg.

La noche antes, apenas si pude cruzar con ella algunas palabras. La neuralgia la obligó a retirarse.Hablaba con corrección el castellano, que aprendiera en España, durante los cuatro años que su marido estuvo al frente de unas minas de cinabrio. Tan sólo arrastraba las "r", pero eso mismo metalizaba deliciosamente en sus labios las palabras.

Stolzemberg no tenía de alemán más que la figura, el racionalismo universitario y los pantalones sin planchar. No era ingenuo; por el contrario, era tal vez irónico.

Me recibió atentamente, poniéndose a mis órdenes en mi hotel, o, mejor, en el suyo, a las cinco, a tomar el te con la señora.

Estaba cansado del viaje; le era forzoso levantarse temprano, para redactar un informe. Además, tenía, como la señora, neuralgia: acaso la reclusión de quince días en la soledad de la pampa.

Y se despidió con un efusivo "shakehands".

—Desde mañana le pertenezco en cuerpo y alma — y agregó, haciendo fulgurar con intención sus ojos:

—En cuerpo solo, porque el alma para el caso no nos sirve... ni para otro.

*
* *

Señores: minutos después de las cinco de la tarde estaba yo en el vestíbulo suntuoso del Palace. La señora Stolzemberg, que me aguardaba, me aseguró que su marido tardaría muy poco.

Vestida de muselina blanca de seda, que le daba tonalidades de porcelana, a la luz refleja del hall, repasé, uno por uno, los encantos

de la noche anterior: la redondez delicada de su figura pequeña y fina; su andar con los brazos plegados, breve e inseguro, como el de una sonámbula; su rostro risueño, en donde florecían todas las ingenuidades de la inocencia. Tan sólo cuando interrogaba con la insistencia dulce y curiosa de su miopía, dos pliegues prematuros de mujer efusiva y gestera, daban al candor de su frente una pincelada humana y triste.

Había nacido en Inglaterra, en el Northumberland casi, en la frontera de Escocia.

Gracias a extraña coincidencia, conocía yo, punto por punto, los lugares en donde transcurriera su infancia feliz.

Al pisar la vieja Inglaterra, mi loca afición por Scott me impulsara a seguir la ruta de sus héroes, deteniéndome un instante, con el Baedecker en la mano, a la fresca sombra de las abadías, para proseguir, precipitadamente, tras lagos y castillos medioevales, siempre empujado, sin piedad, hacia adelante, por el agente de la casa Cook.

A la influencia conjunta del recuerdo pa-

trio y de la literatura, nació nuestra amistad en un ambiente propicio.

Hablábamos del país de Rob-Roy, cuando llegó Stolzemberg excusándose.

Vestido de americana negra de alpaca y cuello suelto, se acercó a mí con la franqueza de su rostro de líneas regulares, velado por la luz de los grandes anteojos verdes, y me dió un efusivo apretón de manos, que le hizo sonar los gemelos en los puños de celuloide.

Sin preámbulos, sin siquiera sentarse, entró de lleno a tratar de negocios, mientras la señora preparaba el te.

Ya con el señor Larreta habían llegado a un acuerdo en líneas generales, pero él no aceptaba acciones de la Compañía como pago de honorarios:

—Hoy aquí, mañana en Australia, no quiero preocupaciones; sólo acepto depósitos bancarios en honrado oro esterlino. Lo hago por sistema.

Y me consideraba muy serio, estrujando las llaves en los bolsillos de sus pantalones anchos, desde la eminencia abrupta de ese

su saber, solicitado por accionistas pedigüeños, en época de epidemia bursátil.

Yo, con una sonrisa benévola de desprendimiento, que se prolongaba en busca de la señora Stolzemberg, que distraídamente echaba el azúcar a las tazas, exclamé:

—Lo que usted quiera, mi amigo, acepto lo que usted diga; estoy facultado por Larreta para todo.

Stolzemberg concretó un guarismo, y yo, entonces, como representante de Larreta, como director de la Compañía Toesca y delegado de Pepe Echavarría, cerré el compromiso con un fuerte apretón de manos.

El geólogo se daba prisa:

—Yo, por mi parte, estoy pronto desde ahora mismo: la sonda y las carpas pueden embarcarse esta noche, y si falta gente, en Santa Fe está el doctor Shüller, que puede facilitármela.

Señores: yo, por mí, no tenía tanto apuro; necesitaba consultar con Pepe para fijar el viaje. Además, hubiera querido permanecer eternamente junto a la señora Stolzemberg.

Nos acercamos a tomar el te. La señora, que se apartara, discreta, sentada en ancho sillón de cuero, murmuró, detrás del magazine que hojeaba sin interés:

—Quisiera ir a Santa Fe; Frau Shüller me escribió, encantada, diciéndome que el hotel no era malo.

Y como Stolzemberg no contestara, revolviendo el te, distraído, yo, solícito, a través de un aviso comercial de neumáticos, que le tapaba la cara, la invité en nombre de la Compañía de Petróleos. Ella bajó la revista y, entre sonriente y dudosa, murmuró un ¿quién sabe?

Su marido la autorizó:

—Si quieres, vamos hasta Santa Fe; con Frau Shüller puedes acompañarte.

Y después de breve reflexión:

—Es mejor que vayas, pues hasta necesito de ti.

Y la señora Stolzemberg, tomándose el te frío, sorbo a sorbo, se quejó de la soledad de Buenos Aires. Además, le interesaba el paisaje tropical: Río de Janeiro, que viera de

paso, al correr del automóvil, mientras se detenía el vapor, le pareció sublime. Sólo odiaba los mosquitos, que la dejaban sin dormir.

El geólogo quería el viaje pronto, si era posible al siguiente día, de madrugada.

Yo no pensaba ya en consultar a Pepe: nos iríamos de madrugada, aunque fuera sin él. Cuando se deshiciera de su Lambert y sus Fratino, podría encontrarnos en Santa Fe.

Stolzemberg se levantó bruscamente a buscar una guía de ferrocarriles. Entonces me aproximé más a la señora para animarla, persuasivo, a emprender ese viaje. Con una mascota como ella, el éxito del negocio sería seguro.

—Siempre el negocio — murmuró, con la cabeza echada atrás, contra el respaldo del sillón. — Sólo el dinero.

Convinimos en que el dinero era la única preocupación de este siglo tan caro.

Y agregó que carecía del don de saberse ganar la vida; ella, hombre, no habría tenido fuerzas para la lucha. ¿Cobardía? ¿Debilidad? ¿Quién sabe?

Yo le aseguré que tampoco tenía ese don. La fortuna que me daba el lujo de ser accionista y tener depósitos en los Bancos, la debía única y exclusivamente a influencias planetarias de mi horóscopo: el menor esfuerzo personal. Eran las acciones recomendadas por los amigos y regidas por los astros.

Ella sonreía, indolente, con los ojos entornados, balanceando una pierna fina y delicada, bajo la media de seda blanca.

—¿Cree usted en el azar? — me preguntó de repente.

—¡Vaya si creo! Y porque sé que es la resultante de causas que aún desconocemos, me dejo guiar por él ciegamente.

—¿En todo? — murmuró.

—En todo — le respondí muy serio.

Quedamos silenciosos. Entonces quise justificar ante ella ese mi viaje de negocios, a través de la pampa, para ponerle de acuerdo con mi desinterés.

—Lo hago todo por servir a Larreta, por servir a un amigo; lo que es a mí, accionista y director de la Compañía, le juro que me

interesa más el estudio de las costumbres y la contemplación del paisaje.

Me parecía un sacrilegio venir, autorizado oficialmente por el directorio de la Compañía, a buscar en las entrañas de la tierra ese petróleo codiciado, despojo de toda una creación, destinado a alimentar la gula insaciable de la mecánica. Era algo así como la profanación de una tumba; más aún, un crimen de lesa creación.

Y como ella sonreía, yo, más animado y para divertirla, haciendo una mezcla de mis lecturas de Julio Verne con mi ciencia de bachiller, en un párrafo de colorido naturalista, salpicado de nautilos y plesiosaurios, pregoné, sobre los progresos utilitarios del siglo, la poesía salvaje de las edades terciarias.

Stolzemberg, que llegara entre tanto, con la guía de ferrocarriles, se sentó, esperando a que acabara de hablar, con paciencia de investigador, los ojos fijos en el suelo, como si observara restos de especies desconocidas, que el aluvión de mis palabras fuera depositando en el parquet encerado, en las alfom-

bras de pieles y hasta junto a sus zapatos de suelas gruesas y herradas.

Cuando me detuve, algo confuso, exclamó, levantando la cabeza y mirándome fijamente:

—Imaginación y romanticismo, nada más, y, lo que es más peligroso todavía, romanticismo comercial.

Y agregó, casi severo:

—Agentes de negocios como usted, señor mío, son los que hacen quebrar las compañías.

Yo me defendía, risueño:

—Al contrario, señor Stolzemberg, la imaginación es una fuerza creadora de negocios.

Y él, sin oírme, haciendo sonar sus puños de celuloide contra la mesa, en el accionar continuo, proseguía:

—Yo estaba cierto que, en Chile, la corriente de Humboldt había ahogado el tropicalismo.

Señores: iba a replicarle, cuando él, levantándose y consultando el reloj, resumió:

—La razón es la guía única de nuestras acciones, y en honor a ella me dejará usted

hacer los preparativos para mañana. Convenido — agregó, mientras yo estrechaba la mano fina y delicada de la señora Stolzemberg; — mañana a las seis y cuarto, en la estación de Córdoba. No encargue a la imaginación que lo despierte; dígale al camarero, o recurra a la mecánica del despertador: es más racional.

*

* *

Salí, radiante, triunfador, atropellando a los transeuntes.

Iba a emprender, como los Argonautas, el viaje del Vellocino de Oro, pero acompañado por la señora Stolzemberg. Veía panoramas inverosímiles. Deteniéndome entonces un instante, entre el bullicio de la multitud, murmuré agradecido, desde las negras profundidades de mi felicidad: ¡Oh, Larreta! Mago de los negocios. ¡Has extendido tu bienhechora influencia hasta la tibia y apartada mansión de los afectos!

Entré en una oficina de telégrafos y, agra-

decido, le puse un telegrama, largo, tumultuoso, entrecortado, que no supe lo que decía, pero que, según me aseguraron más tarde, hizo subir en Santiago las acciones diez puntos.

Atontado, recordando la diputación y las vagas promesas que os hice a vosotros, ciudadanos electores, penetré en una tienda, con precipitación. Y adentro, sin detenerme a elegir, fuí amontonando sobre el mostrador una montaña de abrigos impermeables, de todos los colores, de todos los tamaños. Señores: se hubiera dicho que os decretaba el uniforme de mi política.

Cuando pagué, en la caja, con muchos billetes, el dependiente, solícito, me reprochó:

—Más le hubiera valido comprar al por mayor en la fábrica: diez por ciento de descuento.

* * *

Ya en el París, después de cancelar la

cuenta de mi hospedaje, subí, sin comer, a la pieza 35.

Sentado en el suelo, entre ropas desdobladas que invadían los muebles, llenando, con precipitación, las maletas, sentíame el último sobreviviente de un naufragio, que saboreaara, otra vez, la vida; pero una vida nueva, aún con el calor de las manos de Dios, y dulcemente embellecida por la señora Stolzemberg.

Sólo entonces pensé en Pepe: era necesario arrebatarle del poder de Lambert y de las Fratino.

Y, manos a la obra, con ciega precipitación, comencé el embalaje de sus ropas, arrollando camisas planchadas y trajes de etiqueta, mientras pensaba vilmente:

—Pepe me es de absoluta precisión para distraer a Stolzemberg.

*

* *

Un portazo que dió Pepe, al regresar, a media noche, me obligó a encender la luz, sobresaltado.

Venía mudo, tétrico, con el cuello del gabán subido, y el sombrero encasquetado hasta las cejas amenazantes. No me dió ni las buenas noches, a pesar de que mis ojos, espantados, lo interrogaban.

—Hombre, me has despertado de una pesadilla horrible, en pleno trópico, con víboras, alacranes y Fratinos. ¿Cómo te fué?

—Mal — me contestó, sentándose en su cama, aun con el sombrero puesto.

Conociéndole, dejé que pasara su acceso de "spleen". Comenzó a desvestirse, y cuando estaba en calzoncillos, vino a sentarse, más comunicativo, al borde de mi cama.

—Oye — me dijo: — fuimos a La Plata; desayuno, pasaje de primera con adición de Pullman, para cuatro. Allá, almuerzo, recorrido de la ciudad en automóvil, lunch suculento y visita al Museo, todo para cuatro. Total, trescientos nacionales.

Y como se detuviera un instante:

—¿Se produjo? — le pregunté.

—¡Quiá, hombre! En el tren, en el automóvil estrecho, en las mesas de los cafés, to-

do iba a maravillas, con la más baja de las Fratino, esa destinada a ti por Lambert.

Y señalando sus piernas flacas y nudosas, bajo los calzoncillos de seda:

—Soportó, complacida, la presión de mi osamenta; dos veces olvidó, sobre el regazo, una mano, que recobró, presurosa, cuando la retuve, y después celebró estrepitosamente un cuento obceno, el más obceno de mi repertorio de reconocida procedencia nacional.

Se levantó y, al borde de mi cama, como declamando, con accionar intencionadamente afectado, continuó:

—En el Museo Zoológico, nos perdimos en los vastos salones sin visitantes. Julieta Fratino, alarmada, quiso buscar la presencia protectora de Lambert. Y cuando, ante el mastodonte, yo le aseguraba que no había peligro alguno, al otro extremo del monstruo, a través de las vértebras gigantes, divisé que Lambert oprimía a su Fratino en estrechísimo abrazo. Alentado, entonces, bruscamente me precipité sobre la mía.

Hizo Pepe una pausa y continuó:

—Y la gran perra se desprendió, ofendida, con un ¡qué se imagina usted, caballero!

Dejó, con calma, que terminara de reírme, y, muy serio, prosiguió:

—Escucha, que viene lo mejor.

Yo, sentado en mi cama, con las rodillas dobladas en alto, lo miraba accionar, sin perderle palabra.

—Confuso como escolar sorprendido, me acerqué a una vitrina, y ¿sabes lo que vi adentro? Escucha: adentro, sobre un paño de terciopelo rojo, un cráneo de la época cuartenaria, precursor del hombre, el cráneo que obró sólo al mandato del instinto, en tiempos en que aún no se vislumbraban los Lambert ni las Fratino, sonriendo malicioso con sus dientes voraces, me daba una suprema lección humana a través de todo el mundo geológico. ¡Era el cráneo de Ameghino!

Lanzó Pepe una carcajada seca y comenzó a pasearse por la pieza, en calzoncillos.

De repente se detuvo:

—Pero nos vengaremos; ¡ya lo creo que nos vengaremos! Porque, para mañana, Lam-

bert tiene preparado un nuevo paseo a los baños de Alta Gracia, en Córdoba, no sé adónde.

—Mañana no, Pepe — le repliqué; — porque a las seis y cuarto, los dos debemos partir, con Stolzemberg, para Santa Fe.

Señores: sólo entonces reparó en las maletas arregladas. Le conté la historia repentina del viaje, que oyó en silencio, paseándose distraído.

—No — dijo, por fin; — mañana, yo no puedo; preciso vengarme. Además, eso parecería una fuga vergonzosa; huír burlado no lo permitiré nunca. Espérame en Santa Fe.

—Vámonos, hombre; ya tus maletas están arregladas. Otro se encargará de la venganza.

Se sentó en la cama, cansado, para terminar de desnudarse.

Con la luz apagada, cuando ya comenzaba a dormirme, me sobresaltó de nuevo:

—¿Me doblaste con cuidado la ropa al meterla en las maletas?

—Sí, hombre; déjame dormir, que mañana debo madrugar.

Y todavía, cuando empezaba yo a trasponer los deslindes del sueño, me pareció oírle que decía, muy lejos, para consigo mismo:

—Lambert es un cínico; pero Julieta Fratino, ya lo creo que vale la pena.

De madrugada, al salir, en silencio, con mis maletas, Pepe dormía, de espaldas, con una sonrisa de íntimo deleite.

*
* *

Frente a la señora Stolzemberg, fresca y sonrosada en ese amanecer, sonrosado y fresco; con el sobrio traje, estilo inglés, que cubría su cuerpo como el forro de un mueble delicado; frente al geólogo, con su saco de viaje color crudo y en sus manos el nudoso cayado de explorador, pensaba con asombro en las complicadas combinaciones de Larreta. El, Alberto Larreta, desde su oficina de la calle de los Huérfanos, en Santiago, amueblada a la americana, con despliegue de campanillas, teléfonos y tubos acústicos, como una

sala de los Borgia modernizada, con admirable maestría y sin esfuerzo alguno, lo manejaba todo, sonriendo con su cara de niño.

Y por su obra exclusiva, por secreto designio suyo, perfeccionado por el destino, su socio comanditario, viajaba yo ahora, con Stolzemberg y su señora, por cuenta de la Compañía de Petróleos, en el ambiente confortable de un Pullman.

Por las ventanillas, divisábamos eternos alfalfares, relucientes e inmóviles; más adelante, campos abarbechados dilatándose con perspectivas de desierto, pero desiertos explotados por el espíritu del siglo, con alambrados y carreteras.

De cuando en cuando, en la vasta soledad, se veía la torre de un molino de viento, o el heno amontonado, brillando al sol, como la espalda de un dromedario que domita en la arena, cansado.

El geólogo se paseaba en el wagón para calentar los pies, haciendo resonar sus zapatos herrados, descendiendo en todas las estaciones, para regresar, ya con el tren en mar-

cha, y sentarse un momento junto a la señora Stolzemberg, medio envuelta en su chal escocés.

Y cada vez que volvía a nosotros, siempre nos encontraba celebrando bellezas naturales hasta en la misma aridez de la pampa.

Pero para Stolzemberg, los efectos de la luz sobre el paisaje y los colores mismos, eran simple ilusión de óptica. Lo único que tenía verdadero interés era la composición de la substancia: así se indagaba su origen y su aplicación a la vida.

Desde Coronda, comenzó a cambiar la monotonía del paisaje: al correr el vagón, los arbustos rezagados iban caminando, unos tras otros, y juntándose, hasta formar bosquecillos más allá de los ríos turbios y sin corriente. Al fondo, una cadena de montañas azules limitaba la extensión de la pampa.

Mi intimidad con la señora Stolzemberg, en ese viaje de algunas horas, iba creciendo, señores, más y más, entre el ir y venir del geólogo, y, sin saberlo, penetré en su vida interior, como se salva el cerco bajo de una

heredad cuidada. Desde entonces nos tratamos de tú.

—Faltan sólo siete kilómetros — nos anunció Stolzemberg, — y pronto pasaremos el gran puente del ferrocarril de Córdoba, de diez mil metros de largo, obra maestra de la mecánica.

A lo lejos, divisábamos las torres conventuales de Santa Fe, tras el río que inundaba los campos, y a nuestro lado, las golondrinas, en los alambres del telégrafo, como notas aladas de un pentagrama, contaban la partitura de nuestro amor, sobre el aire azul.

*
* *

Al sordo rodar de la victoria, sobre el pavimento de madera, llegamos al Hotel Ferretti, casa colonial refaccionada por la industria italiana, en perfecta comunión espiritual, entre hacinamiento de maletas, íntimamente confundidas.

En la administración, bajo la escalera, adonde me precipité para arreglar nuestro

hospedaje, por cuenta de la Compañía de Petróleos Toesca, supimos que el doctor Shüller se marchara a Jujuy, con su señora, esa misma mañana, dejando las piezas reservadas para regresar en breve.

El geólogo deploraba esa ausencia y, anonadado, se quedó un instante inmóvil, entre las maletas dispersas por el suelo, afirmado en su bastón nudoso, como meditando ante las ruínas de un mundo.

La señora Stolzemberg curioseaba en el patiecillo andaluz, entre las enredaderas, junto a la piscina de azulejos sevillanos.

Me afeitaba, en camisa, en la pieza del segundo piso, que me destinaran, cuando sentí llamar suavemente a mi puerta.

Por el espejo, divisé que un muchacho de uniforme galoneado se acercaba discretamente a mí.

—Si el caballero lo desea, puedo hacer trasladar a sus amigos a la habitación de al lado.

Y como yo suspendiera, con interés, la navaja en el aire, continuó:

—Desgraciadamente, allí vive de fijo el señor notario Núñez Recio; pero todo puede arreglarse — terminó diciéndome, más bien con sus ojos cínicamente desvergonzados.

Y mientras, reflexionando, me enjabonaba la cara, supe que era italiano, le llamaban Bambino y que podía contar con él para todo.

Aún con las manos mojadas le dí un billete de inteligencia.

No terminaba mi toilette, cuando oí que, con estruendo de maletas y equipajes, llegaba Stolzemberg a la pieza de al lado, protestando de esa traslación súbita que desarreglara sus objetos, ya ordenados por su método universitario. La voz de Bambino sobresalía, aguda, invocando el superior interés de la casa y la proximidad de un water closet.

Esa noche, la señora Stolzemberg se recogió antes de comer; nosotros, con el geólogo, después de una cena silenciosa, bajo la tempestad que iluminaba los árboles del jardín, lavados por la lluvia, nos recogimos para levantarnos de madrugada.

El viento estremecía las ventanas, los gri-

llos cantaban en los rincones, con incesante chirrear de hierros oxidados, y para poder dormir, me enterré en la blandura sofocante de las almohadas.

Así transcurrió, señores, mi primera noche en Santa Fe.

* * *

De madrugada, me despertó el geólogo, estremeciéndome la puerta, paseándose, impaciente, mientras me vestía.

Debíamos sacar de la bodega de equipajes las carpas y la sonda, para embarcarlas en el vapor, surto en el río.

Toda esa eterna mañana de lluvia torrencial, me tuvo Stolzemberg a su servicio y me comporté con la solicitud de un mandadero complaciente que quiere acreditarse: había salido del gobierno blando y sistemático de Lambert, para caer en la dictadura prusiana.

Conté cinco viajes a la estación y cinco viajes al muelle; hablé con todo el escalafón

ferroviario; recorrí la lobreguez de las bodegas, en busca de una carpa, leyendo los rótulos de todos los equipajes, y, rendido, regresé, por fin, donde Stolzemberg, en un carro de carga, entre los bultos, azotado por el agua que hacía chorrear mi sobretodo impermeable.

Y como, llegada la hora del almuerzo, quisiera yo buscar, con la presencia de la señora Stolzemberg, una compensación a mis trabajos, insinué al geólogo la conveniencia de regresar al Hotel Ferretti; pero él, inexorable, me arrastró a un restaurant sórdido, para tomar cerveza y sandwichs, entre cargadores del puerto. Después, de nuevo a la tarea.

Toda esa tarde, dócil al imperio de Stolzemberg, sumiso al signo de su paraguas de contera abollada, que desde el muelle distribuía a su antojo los bultos, trabajé como un jornalero, en la cubierta del vapor, soportando con altivez, ya encallecida, ásperas interjecciones en alemán.

Sólo cuando la sonda quedó en seguro, en su caja de pino rotulada, como una serpiente

peligrosa, regresamos, ya obscuro, al hotel, no sin que el geólogo me propusiera pasar la noche a bordo, en interés de la Compañía de Petróleos.

Durante la comida silenciosa, yo pensaba en ese encarnizamiento de Stolzemberg en contra de mi reposo, y en esa autoridad despótica que hacía gravitar sobre mí. Y, alarmado, me preguntaba: ¿Serán rasgos peculiares de su raza, o será, acaso, que sus ojos, acostumbrados a desenterrar los secretos milenarios de la tierra, guiados por esa su razón, que afilara el diamante universitario, atravesaban, sin esfuerzo, el blando secreto de mi corazón?

Señores: casi no me atrevía ni a mirar a la señora Stolzemberg.

Después del café, me arrastró, inexorable, al salón que olía a moho, de paredes empapeladas de blanco, con ampollas de humedad.

En el centro, junto a la mesa de carpeta roja, donde se desparramaban los periódicos, dos tratantes de ganados charlaban, con los sombreros de cow-boys echados hacia la nuca.

Cantaban los grillos tutelares, con incesante chirriar de noria, mientras una lluvia espesa, viscosa como glicerina, empañaba sordamente los vidrios de las ventanas.

El geólogo, con encarnizamiento de duelo, me retó a una partida de pocker, sólo entre los dos, con naipes recortados.

Nos sentamos ante la mesa de juego de cubierta lustrosa, bajo los reflectores, donde pululaban los mosquitos. La señora Stolzemberg se situó equidistante de nosotros para mirar la partida.

Desde el comienzo, Stolzemberg principió a ganar. Yo, indolente, lo dejaba, observando, curioso, a través de sus anteojos verdes, metalizarse el interés, en sus pupilas que radiaban. Más aún, cuando una fugaz oleada de suerte venía a mí, sin desearla, obedeciendo acaso al llamado mental de la señora Stolzemberg, yo, vencido, arrojaba mi juego al plato, mientras el geólogo recogía las fichas y las amontonaba en torrecillas protectoras, frente a su chaleco desabotonado.

Hasta los mosquitos del reflector bajaban

para ensañarse en mis manos inmóviles y aburridas.

—¿Siempre confía en el azar? — me preguntó la señora Stolzemberg, acercando a mí su cabeza rubia, entre el humo de los cigarros, y mirándome, con la curiosidad dulce y maliciosa de su miopía.

—Siempre — le contesté convencido.

Pero nunca vino a mí la suerte aquella noche, aunque muy tarde terminó la partida.

Stolzemberg resplandecía, y mientras guardaba, con orden, los naipes en las cajas de cartón, me aconsejaba, benévolo:

—El azar no existe, joven; mi triunfo sobre usted es el resultado de combinaciones matemáticas, regidas por la razón.

Me recogí en mi pieza, rendido por los afanes de la jornada, vejado por el geólogo, que se complacía en herir mi dignidad ya herida y pinchado aun por el aguijón de mil mosquitos.

En cama, bajo el mosquitero, comencé a friccionarme con "embrocation", primero furiosamente, después, con más y más lentitud,

hasta que, ya con sueño y calmado el ardor de las picadas y mi rencor contra el geólogo, me quedé dormido, en espera de esa gran esperanza que indemnizaría todos mis trabajos y vejaciones: el azar de la mañana siguiente.

Pero a la mañana siguiente, el doctor Suárez, viejo amigo de mi casa, condiscípulo de mi padre, que residía en Santa Fe y supiera mi llegada por los diarios de la víspera, vino a buscarme, con estrépito, de madrugada. Deseaba llevarme a su casa con todas mis maletas, casi a medio vestir, tal como estaba.

Y ante mis excusas por venir con amigos, en un desborde generoso de hospitalidad, de genuina procedencia española, quería, obstinado, arrastrarme a su amplia casa de la calle de San Jerónimo, junto al río, con el geólogo, las carpas, la sonda, hasta el buque anclado en el puerto...

No me era posible, ya próximo a partir, pero a mi vuelta le aceptaría el ofrecimiento, para contarle muchas cosas de Chile, que tanto le interesaban.

Transigimos con un almuerzo y, para apro-

vechar la mañana, salimos en automóvil a recorrer la ciudad, lo antiguo, lo moderno, todo.

Después del almuerzo, con el barniz de erudición de mi gira matinal, regresé a invitar a Stolzemberg y a la señora, para visitar las curiosidades de Santa Fe.

El arte no interesaba a Stolzemberg; prefería las concepciones de la naturaleza, ejecutadas por la naturaleza misma, en remotas edades geológicas. Por su parte, la señora Stolzemberg encontraba de una barbarie presuntuosa, al lado de las viejas abadías de su tierra, nuestras iglesias, sólo de ayer, disfrazadas con estucos y pinturas.

Para su mentalidad sajona, era un absurdo imaginarse que las repúblicas de América pudieran tener historia. Y añadía, moviendo desdeñosamente su cabeza rubia:

—Un país sin reyes, sin monumentos que los rememoren, sin aristocracia, no puede tener historia.

Yo trataba de explicarle que la teníamos, y hermosísima, llena de heroísmos sin cuento;

pero que, por desgracia, dormía a la sombra de las bibliotecas o en los infolios de los eruditos.

Sin embargo, ella no se convencía:

—Westminster, Holy Rood, Hampton Court, son compendios de la historia inglesa. ¿Qué pueden evocar a ustedes estos muros remendados de yeso o los altares recubiertos de oropel? Para mí, son de una barbarie curiosa, exclusiva para turismo.

Estábamos frente a la fachada sencilla de la iglesia de San Francisco, ante la lluvia insistente que empapaba nuestros trajes de goma.

Un sacristán, con la capucha puesta, nos esperaba bajo el alero andaluz: gracias a la propina matinal, con la iglesia iluminada como para un jubileo, nos fué mostrando, uno por uno, los cuadros de las capillas, los confesionarios obscuros, los arcones de la sacristía, donde se oxidaba el oro de las casullas, mientras nosotros íbamos marcando la huella de nuestro paso con el chorrear de los paraguas sobre el pavimento.

Al pie del naranjo que plantaron las beatas manos de San Francisco, el lego, a la lluvia, nos contó la historia pavorosa de un león que entró en la iglesia a los maitines y se comiera al sacristán y al padre que oficiaba, y que, harto al fin, con dos frailes más, se retiró a una celda abotagado, en la cual, rompiendo el techo, la comunidad le dió caza, disparando arcabuces.

Mientras Stolzemberg pedía detalles sobre esa cacería, algo fabulosa, que no asimilaba enteramente su cerebro ordenado y metódico, nos hundimos, con la señora Stolzemberg, en la sombra de la sacristía. Y adentro, como para esconder entre tinieblas la blasfemia, en el rincón más obscuro, donde la cruz alta brillaba, rígida y acusadora, le di un beso sobresaltado, que hizo sonar nuestros trajes de goma, con aleteos de ave pesada y torpe.

Señores: cuando salimos a la huerta abandonada y triste, el geólogo, junto a un árbol de la esponja, observaba la aguja del cuadrante solar, lavada por la lluvia.

De regreso al hotel, Bambino me entregó un telegrama, que abrimos con Stolzemberg, en el escritorio. Era de Larreta: "Diputación en popa; Toesca a cincuenta próxima. ¿Funcionó la sonda?"

Entonces, sentado ante la mesa, con la alta aprobación del geólogo, que me miraba escribir, de pie al respaldo de mi silla, le contesté a Larreta, sin vacilar, en un formulario del telégrafo: "Sonda aún no funciona, pero todo está preparado".

Esa misma noche recibí de la señora Stolzemberg el primer billete de amor, en un papel azulejo con fino membrete heráldico: un brazo empuñando un bastón. Lo único que sentía era que llegara por las manos de Bambino, de cuyo mirar desvergonzado desconfiaba, al verlo siempre a la sombra de Stolzemberg, solícito y risueño a su mandato imperioso.

No podría decir cuántas veces leí, arrebatado, esas letras de fino perfil inglés, que ondeaban serpenteando a través de las líneas,

para vertirse en mi corazón, como gotas de un agua purísima.

Tan sólo recuerdo que esa noche permanecí con la carta entre las manos, hasta que en mis ojos, soñolientos, el contorno de las letras comenzó a disolverse en nubes tempestuosas y el bastón heráldico del membrete principió a crecer, más y más negro, hasta ocupar toda la superficie del papel, como la sombra de un brazo enorme que me amenazaba.

*
* *

Aún no nos era posible partir a los terrenos de la Compañía Toesca, en el vapor surto en el río; esperábamos que el mecánico del doctor Shüller, indispensable para el manejo de la sonda, convaleciera de la influenza que aun le mantenía recluído, sin dejarle salir.

Entre tanto, para ocupar el tiempo, bajo la suprema autoridad de Stolzemberg, comenzamos a recorrer los alrededores de Santa

Fe, en paseos silenciosos, sin expansiones, con sólo cerveza y sandwiches de "choucroute".

Los campos allende el río, el barrio de Guadalupe, con sus casas de madera, sobrenadando en los terrenos revenidos, el sitio, hoy apotrerado, donde Juan de Garay fundó, hace siglos, la primitiva ciudad, todo lo recorrimos en esos días.

La última tarde, llegamos hasta las ruínas blancas de una misión jesuítica, que brillaban al sol, como los cascarones del viejo nido en que se incubó la cultura de América, bajo el ala negra de la Compañía de Jesús...

Pero a todas partes, ya sea en campo o en poblado, iba Stolzemberg siempre junto a mis hijares, sin adelantarse a explorar, sin detenerse en la retaguardia: con la señora Stolzemberg le veíamos, por doquiera, destacarse como un faro que señala peligro.

Además, de momento en momento, se ponía el geólogo más y más reconcentrado, mordiendo su pipa con rencor.

Entonces, para agradarle, en la mesa, en

la calle, en las excursiones, me convertía en un racionalista desvergonzado: dejaba todo el romanticismo para mi correspondencia con la señora Stolzemberg, que, continua y fecunda, iba del uno al otro, ya no por conducto de Bambino, sino agazapada por las rendijas de las puertas.

Además, seguía yo disimulando, con mayor vileza, las brusquedades del geólogo, y dos veces, mientras revolvía el café, le sorprendí mirándome con la impertinencia de sus espaldas fornidas.

"¿Siempre aguardas el azar?", me decía ella, en su última carta.

Señores: yo, con paciencia y fe, aguardaba ese azar, que llegó, como el cumplimiento de una profecía o la realización de un sueño agradable, preciso e impreciso a la vez.

*

* *

Regresaba al hotel, triste y decepcionado, después de vagar por el parque, con un libro

bajo el brazo, sin ánimo para leer, cuando oí que desde el salón obscuro me llamaban.

Al entrar, la señora Stolzemberg corrió radiante hacia mí y me dió dos besos que me sobresaltaron.

—El azar llegó—me dijo;—tenías razón.

Y me hizo el relato de la salida del geólogo, en el tren de las dos:

—Era un asunto urgentísimo.

—Urgentísimo e impostergable — le repliqué, convencido, — como que es el llamado de Dios, escrito por él mismo, en los anales del cielo.

Nos quedamos un momento silenciosos ante la mesa; un programa teatral, entre los periódicos, me dió la idea de un programa nuestro.

Sin tiempo ya para un paseo, comeríamos juntos, viandas ligeras, de sobrio estilo inglés, sin aliños italianos, y todo lo espiritualizaríamos con esos vinos de mi tierra, que activan la combustión de la sangre y concentran las fuerzas de la raza:

—Es un saludo simultáneo y respectivo a la patria.

La señora Stolzemberg, encantada, exigía que fuéramos vestidos de rigurosa etiqueta.

Yo continuaba desarrollando el programa:

—Después iríamos a ver "Hernani", en un palco escondido del Teatro Municipal, muy juntos, en esa noche tempestuosa.

—¿Un saludo al romanticismo? — me interrumpió ella, sin mirarme, con los ojos puestos en sus manos de uñas pulidas que arrugaban la carpeta de la mesa.

—En seguida... — proseguí yo, sin contestarle, indeciso, reflexionando.

Pero ella me interrumpió de nuevo, mirándome, entre risueña y alarmada:

—¿Un saludo al materialismo?

—Ahogué en su boca las palabras con un beso y salí a disponer la comida.

Cuando, momentos después, me dirigía apresurado a la calle, para tomar el palco, el mozo me alcanzó en la puerta:

—El señor se olvidó de la entrada. ¿Sandwiches de caviar?

*
* *

No me es posible, señores, recordar con la precisión que quisiera el encanto de esa comida, en que, ambos de etiqueta, nos mirábamos con curiosidad de desposados. ¿Cómo era posible paladear las horas con la aguarda?

En el fondo del palco, reprimiendo mi impaciencia, al dulce contacto de la señora Stolzemberg, mientras desafinaban los caballeros de "Hernani", vestidos con armaduras de centurión, quedé sobresaltado al oír un golpe en la puertecilla. Por el vidrio redondo, vi asomarse los ojos desvergonzados de Bambino, bajo su frente estrecha, oprimida por la gorra de "groom".

Salí, y en el pasillo, bajo la luz de un reflector, me dijo que un caballero deseaba hablarme con urgencia y que me esperaba en la plaza de San Martín. No había querido ve-

nir a buscarme, ni quiso tampoco aguardar en el hotel.

Entré en el palco a suplicarle a la señora Stolzemberg que me excusara por unos instantes, y, sin sobretodo, apenas con sombrero, volé a la plaza de San Martín.

Afuera, las langostas cubrían los focos de luz, como gasas verdes flotando al viento.

Huí desatentado, de frac, bajo la lluvia tibia y lenta que humedecía mis espaldas como un fomento.

Ante la estatua de San Martín, Libertador de Pueblos, Pepe se paseaba con nerviosidad desusada en su flema británica, sin sobretodo, sin paraguas, con el cuello del vestón alzado.

—Estamos perdidos — me dijo, — viniendo hacia mí.

Y me alargó un telegrama de Larreta: "Catástrofe inesperada; Toesca sin cotización; véngase primer tren".

Me quedé anonadado a la luz de un farol.

—No hay remedio — me dijo Pepe, sacudiéndome; — debemos partir a las once de

esta noche, vía Rosario, para poder alcanzar la combinación del Pacífico.

—Tengo un programa de amor — le objeté, como defendiendo mi vida, — y fatalmente para esta misma noche.

—Yo sacrifiqué el mío — me repuso Pepe con su tono cortante. — Además, ¿qué amor cabe con las Toesca en bancarrota? oye bien: en bancarrota.

Y después de un instante agregó, empujándome con decisión:

—Nos vamos a las once; sólo tenemos media hora.

Yo, inerte, me dejaba guiar por ese Pepe surgido súbitamente en la plaza silenciosa, al gesto evocador de San Martín, que galopaba sobre los obstáculos, con la espada al aire, abrillantada por la lluvia.

Y ese Pepe fatal, secretario, íntimo, confidente de ese Larreta llamado en Santiago, por sus combinaciones, el "Mago de la Bolsa", era desgraciadamente el hombre que antes de Lambert y antes de Stolzemberg, tenía el privilegio exclusivo de mi voluntad.

Nos detuvimos bajo el toldo de una confitería para guarecernos de la lluvia. Tras la vidriera iluminada, varios parroquianos conversaban ante los vasos de cerveza, en grupos aislados.

Yo me defendía hasta el fin. Sin dinero bastante, ¿cómo pagar esa misma noche el hotel? Sólo tenía letras que pudiera cambiar al día siguiente y, sobre todo, me esperaba en el palco la señora Stolzemberg.

—No importa — insistía Pepe, accionando furioso ante mi porfía; — yo salí de los baños de Alta Gracia, con lo mejor de mi equipaje, dejando allí a Lambert con las Fratino y la cuenta; justo es que pague Lambert.

Y algo más calmado, me contó, en líneas generales, su viaje a ese balneario, en donde recibió el tremendo telegrama de Larreta.

—Pero no es sólo mi hospedaje — supliqué; — es el del geólogo y el de su señora, que corren por cuenta de la Compañía.

—Nada más justo — concluyó Pepe, — que pague el alemán.

Me senté en un saliente de la vidriera, sin sombrero, rendido.

Señores: Era un rasgo netamente nacional, una tendencia idiosincrática de nuestra sangre, que en los momentos de prueba sobrevivía a toda cultura y a toda educación: salir sin pagar la cuenta.

Un parroquiano se asomó furioso a la puerta y al verme de frac, sin sombrero, me increpó duramente:

—¡Mozo: hace ya un siglo que espero el cocktail!

Le contesté con un rugido.

*
* *

Pepe esperábame en la calle atravesada, a esas horas sin transeuntes, en tanto yo en mi pieza del Hotel Ferretti, con apresuramiento de catástrofe, vaciaba en dos maletas insaciables, el contenido de varias otras, seleccionando lo mejor.

Sólo dejé ropa sucia, "El Carácter" de Smiles y una gran caja de juegos de sorpresa que

llevaba para distribuir, equitativamente, entre los empleados de la Compañía Toesca.

Por la ventana obscura tiré las maletas, que Pepe recibió abajo, sin ruido, en la calle solitaria.

Antes de partir, con el saco de lluvia puesto sobre el frac, obedeciendo acaso a un impulso inconsciente, me tendí sobre la cama.

Bajo el blanco mosquitero, que se alzaba sobre mi cabeza, como el dosel de un lecho de bodas, medité breves instantes, al apresurado latir de mi corazón.

Ante los ojos, siempre justicieros, del Supremo Hacedor que aquilata serenamente las acciones del hombre, el hospedaje de una semana bien valía un sacrificio de amor.

Hice, entonces, una rápida señal de la cruz, que paralizó los fermentos de mi conciencia y detuvo en mi mente los pensamientos que, aún con las alas abiertas, pugnaban por salir en busca de la señora Stolzemberg.

Y más liviano, de un salto, abandoné la pieza precipitadamente.

Al bajar la escalera, con mesura afectada,

Bambino me cerró el paso. Pensé derribarle y correr. Pero él, muy solícito, con la malicia brillando en sus ojos, me preguntó si, antes de cerrar la cantina, subía Oporto a la pieza del señor.

—Dos botellas, — le grité, precipitándome en la calle.

Al torcer la esquina, ví que Pepe iba, ya lejos, balanceándose al peso de las maletas. Pronto pude alcanzarle, y cargados, como mozos de cordel, caminamos bajo la lluvia, hundiendo nuestros pies en los charcos. Sólo muy cerca de la estación, detuvimos un coche.

*
* *

Sentados en el vagón del ferrocarril, cediendo tal vez a un temor supersticioso, no hablamos de la catástrofe bursátil, casi invisible para nosotros, bajo la neblina de las conjeturas.

Sólo pensábamos en nuestra historia recíproca, desde que nos separamos en Buenos Aires, hasta el momento del desenlace.

Pepe comenzó.

Julieta Fratino era deliciosa y era buena. Cedió a Lambert, sólo por ella, con ese viaje a los baños de Alta Gracia.

Había sido un niño: con más decisión, consiguiera, en Buenos Aires, lo que obtuvo después de recorrer cientos de kilómetros de ferrocarril, entre las sierras de Córdoba, en un hotel de cincuenta nacionales diarios.

Pepe hablaba, Señores, con la más íntima sinceridad, soltando las riendas con que el amor propio siempre refrena las expansiones del alma, naturalmente ingenuas.

Apenas recibió el telegrana inesperado de Larreta se recogió en su pieza para meditar fríamente. Entonces llamó a Lambert y paseándose, juntos, por el corredor embaldosado, con vista al jardín, le dijo que acababa de llegarle de Santa Fe, por telégrafo, la estupenda nueva del petróleo surgente. Las acciones de la Compañía Toesca subirían en Santiago cuatrocientos puntos, quinientos, tal vez más. Su fortuna era de millones de pesos.

Pepe quería darle una participación en esa fortuna fabulosa y casi inesperada. No era un pago, no, a sus múltiples atenciones: tan sólo un recuerdo afectuoso. Además, para celebrar el triunfo, podía quedarse en el balneario con las Fratino, claro que por cuenta de Pepe, su amigo, que iría a Santa Fe, sólo por cuatro días, con lo encapillado. Luego estaría de vuelta, para que juntos, en familia, aprovecharan de ese resto de otoño, que aún quedaba por delante.

Lambert, siempre poco efusivo, se frotaba las manos, radiante.

—Y entonces — terminó Pepe, muy serio; — en uno de esos formularios de la Compañía Toesca, que siempre uso para borronear apuntes, le hice un traspaso en forma, de doscientas acciones, inutilizando alevosamente las estampillas.

Me reí con estrépito, sinceramente divertido.

Pepe dió fin a su historia, contándome el cómo salió de los baños de Alta Gracia, con lo mejor de su equipaje, sin cancelar la cuen-

ta de una semana, con extras y acompañado del propio Lambert y las Fratino hasta la estación.

Y alivianado del peso de sus confidencias, repetía, como justificándose:

—Justo es que pague Lambert: sólo lo siento por la pobre muchacha.

Yo comencé entonces mi historia con detalles. También lo sentía por ella, por Alice, tan tierna, tan cariñosa. No me conformaba con haberla dejado esperándome, ni tampoco al imaginármela volver sola esa noche al hotel, en donde debía de aguardarme, hora tras hora, hasta despertar súbitamente de ese romance bosquejado, ante Stolzemberg, furioso, con una cuenta sucia entre las manos amenazantes.

—El geólogo pagará sin remedio, — exclamé, triste y convencido.

Pero Pepe, aún más convencido, dominando el ruido de los herrajes del vagón, me gritó triunfante:

—Nunca; pasará la cuenta al Síndico de

la Compañía Toesca y al fin será Larreta quien pague.

Señores: Al rodar del convoy que nos conducía a la ruina, a noventa kilómetros por hora, no pensábamos ya en el capital perdido, ni en las molestias que nos aguardaban en Santiago, ni en nuestro porvenir, obscurecido para siempre, sino en el dinero del hospedaje, que salváramos.

Nos detuvimos en una estación donde se cruzaba con el tren a Santa Fe. Para aprovechar la espera de diez minutos, bajamos al restaurant; tanto habíamos hablado, que era preciso refrescar la garganta.

Al acercarme al mesón tuve una sorpresa que me heló la sangre: Stolzemberg se desprendió de un vaso de cerveza, para venir hacia mí.

Remeciéndome, casi sin saludarme, me preguntó:

—Cómo es esto, joven, ¿adónde va usted?

Perdí por un instante la conciencia de mi ser, pero Pepe, que se acercara, pudo darle una explicación.

Por encargo urgentísimo de Larreta, debíamos ir por un día a Buenos Aires a recibir instrucciones verbales de un amigo que viniera de paso para Europa. Instrucciones confidenciales que a él le obligaron a salir de los baños de Alta Gracia, para pasar a buscarme. En dos días más, estaríamos en Santa Fe, para iniciar los trabajos de la sonda, encarecidos, de momento, por Larreta.

Reflexionó algunos instantes y, con arranque algo brusco, sin cuidarse de Pepe que lo miraba con sorpresa, me arrastró a un lado, ante un espejo, que a través del menú, escrito con tiza, reflejaba mi rostro, pálido y azorado, junto a sus espaldas corpulentas.

—Le debo una explicación — me dijo, — y, como honrado alemán, debo dársela.

Señores: Su tono era confidencial; sus manos permanecían inertes en la empuñadura del bastón: yo me tranquilizaba.

Y ante mi mirada interrogadora y como sensibilizado por la cerveza, prosiguió:

—Bambino, el camarero del hotel, me contó algo de mi señora y de usted que no es

del caso explicar. Como hombre que se rige solo por la razón, salí hoy de Santa Fe, para regresar en este tren, de madrugada y formar conocimiento por mi propia experiencia.

Se detuvo; dió en seguida un golpe en el suelo con la contera del bastón y agregó, después de un instante, ofreciéndome francamente la mano:

—El caso no llegó, y puede usted contar con un amigo.

Un pitazo del tren a Santa Fe puso fin a las explicaciones. Se despidió de nosotros, efusivo, y con andar algo torpe, marchóse murmurando, como para consigo mismo:

—Perro italiano; me has robado cincuenta nacionales, pero allá nos entenderemos.

*

* *

Llegamos a Santiago a raíz de la catástrofe bursátil: estábamos materialmente liquidados.

Renuncié, como sabéis, mi candidatura a diputado y vendí hasta la acción del Club de

la Unión para pagar mil ejemplares de una Revista Política Ilustrada, donde apareció, bajo mi retrato, una larga biografía, larga y cariñosa, como escrita por mí. El saldo se lo entregué a Larreta para que pagara al geólogo, que lo atormentaba a telegramas, nuestro hospedaje en Santa Fe, contratado por cuenta de la Compañía Toesca.

De mi prosperidad pasada, sólo recuerdo vagamente, la dulce sonrisa humana al capital y la sonrisa, aun más dulce, de la señora Stolzemberg, que penetró, a través de ese mismo capital, hasta el fondo todavía sensible de mi corazón.

Ya en plena democracia, volví otra vez, gracias a empeños de familia, a mi cargo de Conservador del Museo de Historia Natural, Sección Mamíferos. Nunca me sentí en ese punto con mayor propiedad.

Una tarde, al salir cansado de la oficina, en el crucero de una calle, me sorprendió un abrazo cariñoso.

Señores: Era un amigo, uno de tantos, que se conocen en los pasillos de la Bolsa cuan-

do suben las acciones, y que regresara del viaje clásico a Buenos Aires, que emprenden los afortunados, por la misma sencilla razón.

Radiante, opulento, sin reparar en mi traje virado, ni en mis mangas lustrosas de empleado fiscal, me dijo, tuteándome, como en otro tiempo:

—Vengo de Buenos Aires y traigo un encargo especial para tí.

—¿De quién? — le pregunté sorprendido.

—De César Lambert; que te abrazara recordándote el pago de la subscripción a la Revista de la Colonia Chilena.

Me sonreí, levemente avergonzado ante el recuerdo de nuestra ingenuidad pasada, y, como sondeando el alcance de su pensar, le pregunté:

—¿Mucho te sirvió Lambert en Buenos Aires?

Me contestó con un sí vago. Yo entonces, más alentado y firme, le pedí detalles.

—Sí, me presentó unas amigas...

Y variando de conversación, me dijo que Lambert estaba furioso con Pepe Echavarría,

que después de estafarle con mil acciones de la Compañía Toesca, le dejó a él, mozo pobre, en los baños de Alta Gracia con las maletas vacías y la cuenta por pagar. Una acción sucia, impropia de gente bien.

Yo, inexorable, seguía inquiriendo:

—¿Y las muchachas, qué tal?

—Bien. Me las presentó en la casa de Gath y Chaves y, después de un lunch en la Confitería del Aguila, pasamos la primera tarde en el cine de la Galería Güemes.

Entonces, en una iluminación que antes, pobre de mí, no tuviera, le pregunté:

—¿Al cine y en palco?

—Exactamente.

—¿En el número 12?

—Creo que sí...

—¿Y después paseo al Plata, con visita del mastodonte y Lambert al desayuno y Lambert al almuerzo y Lambert a la comida?

—¿Sabes que sí? — exclamó.

—Y más tarde, a los baños de Alta Gracia, como el pobre Pepe Echavarría, acusado de estafa?

Meditó un instante, levemente avergonzado, y, con un rasgo de hombría puesta en duda, me contestó despidiéndose:

—Alto, amigo: hasta allí no más llegué yo.

Señores: Estaba anonadado. Yo, mi pobre Pepe, él y muchos más, habíamos sido el objeto de una explotación dirigida por Lambert, de acuerdo con un programa sistematizado por Lambert.

La Bolsa, la política, hasta el amor; todo era un asco.

Me afirmé, fatigado, en un poste telefónico. En el muro, un papel amarillento, con un retrato de pose artificiosa, proclamaba una candidatura a diputado. Apenas si pude conocerme: algún impertinente me había claveteado los ojos y la nariz y escribiera algo sórdido bajo mi nombre sin tacha.

Y, pobre decepcionado, me acerqué al muro para leer mi programa político, en columnas apretadas, llenas de puntos admirativos.

"Fomentó la minería en todas sus vastas y ricas derivaciones! Su fortuna cuantiosa, la invierte en industrias que hacen prosperar la

República, dando trabajo al proletariado nacional. En estos días, sacrificando las comodidades de la vida y los preparativos de la jornada electoral, viaja por países hermanos, para aportar un gran caudal de experiencia y ponerlo al servicio de sus semejantes. . . !"

Volví a mi casa y en el escritorio, encerrado, pasé toda la noche escribiendo, con palabras, con frases, con diálogos que salían de mi pluma, como el agua de un caño roto.

Así nació este Manifiesto, que os dedico a vosotros, treinta mil ciudadanos electores de la Provincia, para demostraros que debéis estar ciertos que he cumplido lo único que de mí había genuino y propio, en el tremendo Programa Político, redactado por un escribiente anónimo, en la sórdida Secretaría de mi Partido: traeros de los países hermanos un gran caudal de experiencia, para ponerlo al servicio de mis semejantes.

Señores: Aquí lo tenéis. Es vuestro.

Una duda me asalta, sin embargo, y me hace creer que esta confesión pública, escrita durante el curso de una noche entera, será

para vosotros tan inútil como los Programas de todos los candidatos que me precedieron y de los que me sigan.

He sido, Señores, íntimamente sincero y, acaso por esta razón, no podáis comprenderme.

# INDICE

**OBRAS HISTORICAS Y GENEALOGICAS DE DON JUAN LUIS ESPEJO, Académico Correspondiente de la Real de la Historia.**

Indice de Documentos relativos a Chile existentes en el Public Record Office de Londres, Archivo de las Ordenes Militares de Madrid y Archivo General de Indias, 1 *vol. en* 4° *de* 71 *pgs. Santiago de Chile, Imp. Barcelona,* 1915.

Nobiliario de la Antigua Capitanía General de Chile. *En* 4°, 2 *vols. con* 310 *págs. y* 200 *escudos en colores y* 260 *págs. y* 136 *escudos en colores, respectivamente. Imp. Universitaria, Santiago de Chile,* 1917 *y* 1922.

Documentos Genealógicos de la Familia Valdés. *En* 8° *con* 105 *págs. de texto,* 10 *de Apéndice,* 3 *escudos de armas, en colores y una Tabla genealógica. Imp. Universitaria, Santiago,* 1920.

Arboles y descendencia de las muy ilustres casas y apellidos de los Rodríguez del Manzano, Pastenes y Ovalles. *Reimpresión del curiosísimo libro editado en Roma en* 1646 *por don Alonso Ortiz de Ovalle, Capellán de Honor de Su Majestad. En* 4°, *con* 111 *págs. de texto,* 24 *de introducción y* 15 *de Apéndice,* 3 *escudos de armas,* 3 *árboles genealógicos y* 24 *retratos facsimilares. Imp. Cervantes, Santiago,* 1922.

Relaciones de Méritos y Servicios de Funcionarios del Reino de Chile. *En* 4°, 160 *pgs. Imprenta Cervantes, Santiago.* 1026.

Genealogías de Ministros del Santo Oficio de la Inquisición de Lima. *En* 4°, 33 *págs. Imp. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid,* 1927.




2.50

Precio: $ ~~2.80~~